

Domingos AÑO - B

1 de Adviento

Estad preparados

“Velad, pues, porque no sabéis cuándo volverá el señor de la casa, si por la tarde, a la media noche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que, llegando de repente, os encuentre dormidos” (Mc 13, 35-36)

Acabamos un año litúrgico; en las semanas anteriores la Iglesia ponía a nuestra consideración las realidades últimas (muerte, juicio, infierno y gloria), y se abre hoy el nuevo año con este primer domingo de Adviento en un tono similar: velad porque el Señor está para venir. Jesús ya vino hace dos mil años, ahora queda su segunda venida al final de los tiempos. Sin embargo, para cada uno ese encuentro se produce ya tras de la muerte personal, y no sabemos cuándo será. Dios no ha querido revelarnos cuándo moriremos precisamente para esto, para que estemos en vela. Si lo supiéramos, unos vivirían al margen de Dios con la idea de prepararse antes de morir; otros, en cambio, vivirían agobiados contando los días que les faltan hasta ese día.

Dios nos quiere bien, no desea para nosotros ni lo uno ni lo otro; quiere, en cambio, que vivamos al día, trabajando con esperanza, constantemente preparados para el encuentro con Él. No ha de ser el temor, sino la fe, la esperanza y el amor lo que ha de mover nuestros actos. La esperanza, sobre todo en este Adviento, el deseo de ver a Jesús. El ciclo litúrgico anual tiene este sentido, presentarnos una y otra vez, año tras año la vida de Cristo.

Una vez más la Iglesia se prepara con este tiempo para su venida, se reviste de tonos penitenciales y nos hace llegar el mensaje del Evangelio en su aspecto de urgencia, de estar alerta, en espera atenta.

Señor, que no me duerma; sacude la modorra de mi cristianismo mediocre y comodón; que no me deje arrastrar por el hedonismo que socava la vida espiritual. Ábreme los ojos al horizonte que apunta el nuevo día, el día del encuentro, el Día que eres Tú. Quiero preparar mi corazón con el arrepentimiento y la penitencia por mis faltas, para que cuando llegue esta Navidad me encuentres preparado.

2 de Adviento

Pureza de corazón

“Yo envío mi mensajero delante de ti para que te prepare el camino. Una voz grita en el desierto: «Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos»” (Mc 1, 2-3)

En la Solemnidad de la Virgen Inmaculada consideramos la gracia que recibió María de ser concebida sin pecado original. Cuando Dios creó el mundo, vio que era bueno. Salió limpio y hermoso de sus manos. Y cuando creó a Adán y a Eva, también Dios vio que era muy bueno lo que había creado. El pecado introdujo el veneno (no sin razón habla el texto sagrado de la serpiente), porque el pecado corrompe al que lo realiza y envenena la relación de amistad con los demás.

Adán y Eva iban desnudos al principio, porque *omnia munda mundi*, todo es limpio para los limpios (Tt 1,15). Pero nada más pecar necesitaron vestirse porque el otro le miraba con malicia. Desde ese momento las personas necesitamos del vestido para que la mirada ajena no se aplaste contra el cuerpo, y nos sigan mirando a los ojos, a la cara, allí donde se muestra la personalidad.

Adán y Eva perdieron la pureza original, y Dios no les podía mirar, porque ya no eran *buenos*. El pecado hace *malo* al que lo comete. Todos nacemos con el pecado original, y lo comprobamos porque sentimos las malas inclinaciones, el veneno que nos lleva a querer mal, a mirar mal.

El mensajero del Adviento que es Juan Bautista nos advierte que es necesario allanar los senderos, luchar para corregir las malas inclinaciones que tienden a separarnos de Dios. Es necesario pedir perdón a Dios (convertir el corazón) si se ha pecado, y hacer penitencia para reparar la malicia que dejan en nosotros los pecados perdonados.

Gracias, Señor, porque en el sacramento de la confesión nos rehaces, nos haces buenos, y nos vuelves a mirar cuando volvemos a Ti con corazón contrito y humillado. Y gracias porque has querido que exista una criatura humana, como nosotros, que nació sin pecado original y nos sirve de modelo de cómo podemos ser. Madre mía, Inmaculada, ayúdanos a vivir la pureza para que seamos agradables a Dios y para que veamos en los demás hijos de Dios.

3 de Adviento

Dar luz

“Surgió un hombre enviado por Dios: su nombre era Juan. Este vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él” (Jn 1, 6-7)

Hoy se nos habla de un mensajero, Juan Bautista, y de un mensaje: ser testimonio de la luz que es Cristo. También san Pablo cuenta para qué le había elegido Dios: «a los cuales yo te envío para que les abras los ojos, se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios, y reciban la remisión de los pecados y la herencia entre los debidamente santificados por la fe en mí» (Hch 26, 17-19). Para esto vino Jesús al mundo, y para esto hemos sido llamados: no hay más remedio que hablar de Dios, de la verdad, para provocar la conversión y la entrega.

Un sacerdote santo así lo dejó escrito: «Tienes obligación de llegarte a los que te rodean, de sacudirles de su modorra, de abrir horizontes diferentes y amplios a su existencia aburguesada y egoísta, de complicarles santamente la vida, de hacer que se olviden de sí mismos y que comprendan los problemas de los demás. Si no, no eres buen hermano de tus hermanos los hombres, que están necesitados de ese "gaudium cum pace" –de esta alegría y esta paz, que quizá no conocen o han olvidado» (San Josemaría Escrivá, *Forja*, 900)

«¡Oh Jesús! Ayúdame a esparcir tu fragancia adondequiera que vaya. Inunda mi alma de tu esperanza y vida. Penetra en mi ser y aduéñate de tal manera de mí que mi vida sea irradiación de la tuya. Ilumina por mi medio y toma posesión de mí de tal manera que cada alma con la que entre en contacto pueda sentir tu presencia en mí.

Que no me vean a mí, sino a Ti en mí. Permanece en mí de manera que brille con tu luz y que mi luz pueda iluminar a los demás. Toda mi luz vendrá de Ti, Jesús. Ni siquiera el rayo más leve será mío. Tú, por mi medio, iluminarás a los demás. Pon en mis labios la alabanza que más te agrada, iluminando a otros a mi alrededor. Que no te pregone con palabras sino con el ejemplo de mis actos, con el destello visible del amor que de Ti viene a mi corazón. Amén» (Cardenal Newman).

4 de Adviento

Mirar a la mujer

“El ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón llamado José, de la estirpe de David, y el nombre de la virgen era María” (Lc 1,26)

Con esa sencillez se abre el pasaje de la Encarnación del Verbo, el momento tan esperado durante siglos. Sencillez y belleza al relatar el momento sublime tan esperado durante siglos. Hemos de contemplar las maravillas del mundo, y al reconocer las obras, alabar a su Creador. Dios creó el sol y los mil luceros de la noche, las cordilleras, los ríos y los mares, y cuantos animales pueblan la tierra, el aire y el mar. Hemos de pedir a Dios antes de llegar a la Navidad que nos conceda sensibilidad ante la belleza de sus obras, y sobre todo reconozcamos su obra maestra: “la mujer” de la que habla el Apocalipsis, y que está por encima de todo lo creado.

Por encima de lo que había creado, Dios se recreó cuando hizo a María, como le sucede al artista cuando contempla con gozo su obra maestra. Y pienso que, cuanto más mira Dios a ésa que es su Madre y esposa, más se enamora de ella (enamorarse, estar enamorado es estar en lo que se ama). Si contemplamos y nos pasmamos otra vez ante nuestra Madre, la querremos más. Hoy vemos que el ángel del Señor fue enviado a una mujer de Nazaret, y al comunicarle la propuesta de Dios de ser la madre del mesías, ella *se turbó al oír tales palabras*.

Conmueve ver ruborizarse a aquella chica ante el piropo de un ángel, porque no deja de ser un piropo. Con este significativo detalle el evangelista nos habla de la condición femenina de María. María no es insensible a las palabras del ángel y se muestra como verdadera mujer. Interesa que recalquemos este detalle porque María no es una estatua ni una pintura en un lienzo: era una chica joven y sigue siendo mujer.

Que yo te vea –y que te veamos todos los cristianos– como mujer, Virgen y Madre de Jesús, porque sólo así podremos contemplar las maravillas que Dios hizo en Ti, y nos daremos cuenta de qué Madre nos ha dado Jesús.

La Sagrada Familia

Rezar en familia

“Cumplidos los días de su purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor... Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea” (Lc 2, 22 y 39)

El papa Juan Pablo II exhortaba a los padres a rezar con los hijos: “En virtud de su dignidad y misión, los padres cristianos tienen el deber específico de educar a sus hijos en la plegaria, de introducirlos progresivamente al descubrimiento del misterio de Dios y del coloquio personal con el. Sobre todo en la familia cristiana, enriquecida con la gracia y los deberes del sacramento del matrimonio, importa que los hijos aprendan desde los primeros años a conocer y a adorar a Dios y a amar al prójimo según la fe recibida en el bautismo. Elemento fundamental e insustituible de la educación a la oración es el ejemplo concreto, el testimonio vivo de los padres; sólo orando junto con sus hijos, el padre y la madre, mientras ejercen su propio sacerdocio real, calan profundamente en el corazón de sus hijos, dejando huellas que los posteriores acontecimientos de la vida no lograrán borrar”(Exhort. Apost. *Familiaris Consortio*, 60).

Para el cristiano, el poder participar en la Misa no debe situarse en el terreno de los preceptos, porque es un honor poder ir. Sin embargo, “la Iglesia no ha cesado de afirmar esta obligación de conciencia, basada en una exigencia interior que los cristianos de los primeros siglos sentían con tanta fuerza, aunque al principio no se consideró necesario prescribirla. Sólo más tarde, ante la tibieza o negligencia de algunos, ha debido explicitar el deber de participar en la Misa dominical” (Carta *Dies Domini*, 47).

Es algo que Dios preguntará a los padres cristianos cuando estén en su presencia: ¿Has transmitido a tus hijos la fe que recibiste?

Hoy, Solemnidad de la Sagrada Familia, en la que contemplamos cómo fueron al Templo a dar culto a Dios según lo prescrito por la Ley, pedimos a Jesús, María y José por nuestra propia familia y hacemos el propósito de rezar juntos, y de rezar con Ellos.

2 de Navidad

Día de regalos

“Entraron en la casa, vieron al niño con María, su madre, y cayendo de rodillas lo adoraron; después, abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra” (Mt 2,11)

María es la Madre de Jesús, es la Madre de Dios en cuanto hombre. Necesitamos entrar también nosotros –como los Reyes magos– en la casa de José y de María y contemplar a esa mujer, criatura humana como nosotros, que es protagonista y testigo a la vez del nacimiento del Verbo de Dios, que le da el alimento, le viste, le cuida y le enseña a andar. María vive para su Jesús, para su hijo. Ella sabe que aquel Niño tan gracioso, tan humano, tan niño, es el Hijo eterno de Dios, porque así se lo ha dicho Dios por el ángel.

Qué buen día para hacer un acto de fe y de adoración en Jesús. Sabemos que es Dios y Hombre. Por eso nos ponemos espiritualmente de rodillas ante su divina presencia. Y queremos ofrecerle lo que tenemos de más valor, quizá lo que más nos cuesta darle: el tiempo, le voluntad y el amor.

Nuestro tiempo para dedicarlo a la oración y que nuestra voz suba hacia Él como el incienso; nuestra voluntad, ofreciéndole las contrariedades y sacrificios, que son para nosotros como la mirra amarga pero que a Él le agradan. Y queremos ofrecerle especialmente hoy el oro de nuestra fidelidad en todo este año que comienza, para que lo reciba como un anillo, como una alianza sagrada entre nuestra vida y la suya, porque sabemos que el regalo que más le gusta es nuestra perseverancia en su amor.

La Epifanía es día de regalos, día de alegría porque Jesús se nos manifiesta y sonrío viendo nuestros buenos deseos al comenzar el año. Ponemos nuestros buenos propósitos en las manos de María para que Ella los presente a su Hijo, los guarde y nos los recuerde en los próximos meses.

No quiero creerme el rey de mi vida, el rey de mi casa. Quiero que seas Tú, Señor, mi Rey, mi vida, mi todo. Acepta la ofrenda de mi tiempo, de mis buenos deseos para este año, la ofrenda de mi vida, que te quiero hacer llegar por las manos perfumadas de tu Madre.

El Bautismo del Señor

Hijos de Dios

“Y nada más salir del agua vio los Cielos abiertos y al Espíritu que, en forma de paloma, descendía sobre él; y sobrevino una voz desde los Cielos: «Tú eres mi Hijo, el Amado, en tí me he complacido»” (Mc 1, 10-11)

Al recibir el sacramento del Bautismo hemos sido constituidos hijos de Dios. Dios Padre se complace en cada uno de sus hijos, y nos ama a cada uno con predilección, porque somos amados en Jesús. De Él no recibimos sino bienes, porque es un Padre amoroso que nos quiere mucho. Ningún mal que hay en el mundo procede de Dios, sino del diablo que complica a los hombres. Incluso el dolor que Dios permite es para nuestro bien, aunque ahora no lo entendamos. Sería una blasfemia echar en cara a Dios algo malo, porque de Él no recibimos nada más que bienes.

Y el mayor don que puede recibir una criatura humana es el ser hijo de Dios. Él se ha comprometido a mirarnos con ojos de misericordia. Esta es la gran verdad de nuestra vida, ésta la roca donde apoyar toda nuestra existencia. Todo lo demás se puede tambalear, pero Dios no falla, Él siempre es fiel: nos entregó a su Hijo, y con Él nos dará todos los bienes – también el Cielo– siempre que nosotros seamos buenos hijos, hijos fieles.

«Quiero recordar las misericordias del Señor, las alabanzas del Señor; todo lo que hizo por nosotros, sus muchos beneficios a la casa de Israel, lo que hizo con nosotros por su misericordia y su bondad. Él dijo: “Son mi pueblo, hijos que no engañarán”. Él fue su Salvador en todas sus angustias; no fue un mensajero o un ángel, sino que él mismo en persona los liberó» (Is 63, 7-9). ¿No es para estar seguros y para cantarle?

Es bueno dar gracias al Señor, y salmodiar en tu nombre, oh Altísimo, proclamar por la mañana tu misericordia, y tu lealtad por la noche, con arpas de diez cuerdas y laúdes, al son de la cítara... ¡Qué magníficas son tus obras, Señor, qué profundos tus designios; El estúpido no lo entiende, el insensato no comprende estas cosas (Sal 91, 2-7).

Hazme entender, Señor, la gran verdad de mi vida, mi dignidad de ser hijo amado de Dios.

2 tiempo ordinario

Encontrar a Jesús

“Al volverse Jesús y ver que le seguían, preguntó: «¿Qué buscáis?» Ellos le respondieron: «Rabbí (que significa Maestro), ¿dónde vives?» Les dijo: «Venid y lo veréis». Fueron entonces y vieron donde vivía, y se quedaron con él aquel día” (Jn 1, 38-39)

Todo aquel que reflexiona y no está sumido en la frivolidad se plantea en su interior los grandes interrogantes de la vida, y no se contenta con lo que ofrecen los falsos profetas. El hombre de buena voluntad busca, busca la verdad, y a alguien que sepa darle respuesta. La respuesta nos la ha dado ya Dios en la Biblia, y concretamente, nos ha hablado todo en su Hijo.

«En lo cual da a entender el Apóstol, que Dios ha quedado como mudo, y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los Profetas, ya lo ha hablado en él todo, dándonos el todo, que es su Hijo. Por tanto, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra cosa o novedad. Porque le podría responder Dios de esta manera: Si te tengo ya hablado todas las cosas en mi palabra, que es mi Hijo... pon los ojos en él, porque en él te lo tengo puesto todo y dicho y revelado, y hallarás en él aún más de lo que pides y deseas» (San Juan de la Cruz).

El apóstol Juan relata el día en que encontró a Jesús y cómo se quedó con él todo el día. Tuvo una experiencia enriquecedora, y ya no le abandonó jamás, porque había encontrado a quien podía darle respuesta cumplida a los deseos más íntimos de su alma.

La vida cristiana no consiste simplemente en la colección de unas prácticas de piedad, ni siquiera en unas buenas actitudes; es, en primer lugar, un encuentro personal, conocer a la Persona y las palabras de Jesús, y vivir con Él su vida.

Muchos siguen buscando a tientas la orientación de sus vidas. Gracias, Señor, porque nosotros ya sabemos Quién eres. Ayúdanos a vivir un día y otro contigo. Procuraremos encontrarnos contigo en la oración, y luego a lo largo del día.

3 tiempo ordinario

Seguidme

“Al pasar junto al lago de Galilea, vio a Simón y a Andrés, el hermano de Simón, pues eran pescadores. Jesús les dijo: «Seguidme y os haré pescadores de hombres». Ellos, al instante, dejando las redes, le siguieron” (Mc 1, 16-18)

Aquellos pescadores tenían sus ilusiones y afanes –como tenemos todos–. Hasta que Jesús –que había venido del cielo– les abrió un panorama nuevo de vida sobrenatural, de vida eterna, y de ayuda y orientación en el verdadero bien. Ante aquel mensaje, sus ilusiones humanas eran como el polvo del camino comparado con el oro. Por muy nobles que parezcan, las ilusiones de este mundo son muy pobres y se terminan.

Jesús planteaba una vida nueva, apasionante, que trascendía lo humano. No basta con adquirir unas determinadas virtudes naturales, o con guardar ciertas prácticas de piedad. Seguir a Cristo supone deshacerse de todo lo que estorba para unirse a Él y dejar que sea Él quien conduzca nuestros pasos.

«Iba yo pidiendo de puerta en puerta por el camino de la aldea, cuando tu carro de oro apareció a lo lejos, como un sueño magnífico. Y yo me preguntaba, maravillado, quién sería aquel Rey de reyes. Mis esperanzas volaron hasta el cielo, y pensé que mis días malos se habían acabado. Y me quedé aguardando limosnas espontaneas, tesoros derramados por el polvo.

La carroza se paró a mi lado. Me miraste y bajaste sonriendo. Sentí que la felicidad de la vida me había llegado al fin. Y de pronto tú me tendiste tu diestra, diciéndome: “¿Puedes darme alguna cosa?” ¡Ah, qué ocurrencia la de tu realeza! ¡Pedirle a un mendigo! Yo estaba confuso y no sabía qué hacer. Luego saqué despacio de mi saco un granito de trigo, y te lo di. Pero qué sorpresa la mía cuando al vaciar por la tarde mi saco en el suelo encontré un granito de oro en la miseria del montón. ¡Qué amargamente lloré de no haber tenido corazón para dárteme todo!» (Tagore).

Jesús, que pasas cada día a mi lado pidiéndome. Quiero ofrecerte mi trabajo de cada día, mis ilusiones y mis contrariedades, mis alegrías y mis penas. Estoy dispuesto a seguirte del modo que Tú quieras.

4 tiempo ordinario

Libres para amar

“Todos quedaron asombrados, de modo que se preguntaban: «¿Qué es esto? Una doctrina nueva expuesta con tanta autoridad. Hasta manda a los espíritus inmundos y le obedecen»” (Mc 1,27)

Jesús hizo milagros saltándose las leyes de la naturaleza y la fuerza del poder diabólico, así asombraba a quienes quería evangelizar para que le creyeran. Pero en ningún momento cambió la voluntad de ninguna persona. Él, que puede forzar las cosas para que cambien, no quiere forzar a nadie. Ese don que ha dado a cada uno es tan grande, que Dios prefiere que el hombre lo utilice mal y le ofenda, y se pierda para siempre, antes que privarle del gran don de la libertad.

La libertad es el instrumento con el que podemos hacer el bien, con el que podemos amar a Dios y orientar bien nuestra vida. Dios no quiere esclavos obligados; desea que los hombres le amemos voluntariamente. Para eso cada uno ha de conocer la verdad, los verdaderos bienes –no los aparentes– que enriquecen al hombre y le hacen feliz. Los Mandamientos y las Bienaventuranzas son caminos de libertad, de amor y de felicidad. El pecado es siempre una equivocación respecto al bien del hombre, y la consecuencia en el plano humano es el sentimiento de culpa y el sufrimiento. Las consecuencias en el plano sobrenatural son peores.

Jesús sorprende a sus interlocutores para que acaben asombrados y entiendan que les habla con autoridad. Él mismo va por delante y vive lo que enseña. Se trata de que el espectador acepte libremente sus palabras y le obedezca. Con este gesto de expulsar los espíritus inmundos queda claro que Jesús se opone al mal, al diablo, y eso habrán de hacer sus seguidores.

Señor Dios, que respetas tanto nuestro modo de ser y nuestra libertad, queremos escuchar tu voz, seguir tu doctrina y ponerla en práctica, sabiendo que es lo mejor para nosotros; pero sobre todo es el modo que tenemos de demostrarte nuestro amor.

Queremos obedecerte libremente y no tener otra libertad que la de amarte. No nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del Maligno.

5 tiempo ordinario

Todos te buscan

“Muy de mañana, al amanecer, se levantó, salió y se fue a un lugar solitario, y allí oraba. Salió a buscarle Simón y los que estaban con él; y después de encontrarle, le dijeron: «Todos te buscan»” (Mc 1, 35-37)

En Galilea buscaban a Jesús, unos por curiosidad, otros porque solucionaba problemas materiales y otros por motivos superiores: era un placer aprender de sus labios sentencias llenas de sentido sobrenatural que dejaban paz y consuelo en el alma. Jesús hacía el bien: sus manos bendecían y curaban, y sus palabras orientaban hacia Dios. Otros, sin embargo, le buscaban para hacerle alguna pregunta capciosa, para discutir y tratar de perderle.

Hoy sigue Jesús bendiciendo a los hombres, orientándoles en su actuación, curándoles de sus dolencias, y lo hace a través de su vicario en la tierra –el Papa– y de sus sacerdotes. También hoy los hombres sienten la necesidad de alguien que les ayude en las facetas más importantes: el sentido de sus vidas, el sentido del dolor y del amor, resolver el mal que han cometido y recuperar la alegría...

Jesús sigue presente en sus representantes. Lo que se necesita es acudir a ellos con humildad –sin ánimo de polémica–, con el deseo de aceptar su ayuda. Dios no se impone, propone su doctrina de salvación eterna y la orientación correcta de la vida. Todo depende de la buena voluntad de cada uno: primero buscar a Dios, luego estar dispuesto a acudir a quien Él indica. No hay otro camino. Ninguna teoría o ideología puede calmar la sed profunda de verdad que anida en el corazón humano.

Jesús, que hacías oración cuando estabas entre nosotros, que yo aprenda a buscar el silencio para hablar contigo, porque para llegar a conocer el corazón humano necesito penetrar primero en el Tuyo: sólo conociéndote, me conoceré.

Te buscaré, porque sólo Tú tienes palabras de vida eterna, y me dejaré orientar y curar por Ti, que sigues bendiciendo a través de las manos y las palabras de tus ministros.

6 tiempo ordinario

Dejarse curar

“Vino hacia él un leproso que, de rodillas, le suplicaba: «Si quieres, puedes limpiarme». Compadecido de él, extendió su mano, lo tocó y le dijo: «Quiero, queda limpio». Y al instante le desapareció la lepra y quedó limpio” (Mc 1, 40-42)

El leproso conocía su enfermedad y sabía que él era incapaz de curarse. Advirtió que Jesús podía hacerlo, y se lo pidió. También, cuando Gabriel propuso de parte de Dios a María ser la Madre del Mesías, Ella no contestó que se pondría a ello, sino que Dios hiciera según su voluntad.

¡Cuántas veces queremos sacar los asuntos nosotros solos, sin contar con la ayuda de Dios! Y el resultado es el fracaso y el desánimo. A veces Dios nos deja solos y permite que nos demos golpes para que –como los niños–, no tengamos más remedio que acudir a Él. ¡Cuándo aprenderemos que en la vida espiritual no se trata tanto de hacer sino de dejar hacer en nosotros, de obedecer! ¿Cuándo permitiremos que Dios haga lo que desea hacer y no empeñarnos en lo que a nosotros nos parece conveniente, o tratando de hacerlo a nuestro modo, incluso contra sus designios?

Lo que ha de llenarse ha de empezar por estar vacío. Si hemos de llenarnos del bien, habremos de comenzar por echar fuera el mal. El Señor desea limpiar este vaso de barro que somos cada uno para echar el licor maravillosos de su gracia, de su presencia. Si queremos, Él puede limpiarnos.

Señor, Tú sabes todo, Tú sabes lo que me viene bien. Me dejaré cambiar, me dejaré sanar. Entra en mi vida y pon orden. Sé que no querrás hacer nada en mí si yo no te lo permito; hazme humilde para que vea mis miserias, mi necesidad, y para que no me oponga a tus a tus curas, que a veces pueden resultar dolorosas.

Quiero dejarme limpiar. Iré al sacramento del perdón con total desasimiento, contándolo todo, sin querer curarme a mi manera, escuchando lo que me quieras decir, y poniéndolo en práctica, porque sé que es la única manera de quedar limpio y de que puedas seguir haciendo en mí –y a través de mí– la labor de santificación que deseas hacer.

7 tiempo ordinario

Por la fe de ellos

“Llegaron cuatro llevando a un parálítico..., abrieron un boquete y descolgaron la camilla. Al ver la fe de ellos, dijo al parálítico: «Hijo, tus pecados quedan perdonados»” (Mc 2, 3-5)

Entre cuatro se propusieron poner delante de Jesús a un familiar o amigo parálítico. Quizá éste no deseaba tal alboroto, tanto espectáculo, tanta dificultad y tanta incomodidad para él. La fe «de ellos» –de los cuatro, no la del parálítico– es la que lleva a Jesús a obrar el milagro del perdón de sus pecados, y posteriormente su curación física.

Tanto puede la oración y la penitencia de unos para la conversión de los otros. La Virgen dijo a los pastorcitos de Fátima que muchos iban al infierno porque nadie hacía penitencia por ellos. Hay algunos que pueden tener la conciencia tan estropeada que ni siquiera vean la necesidad de convertirse. La Comunión de los Santos –que es una verdad de fe– significa entre otros aspectos que las obras buenas de unos repercuten en los demás.

Si nos quejamos ante las acciones externas escandalosas: injusticias, inmoralidad, corrupción...; serán lamentos estériles que no ayudan a resolver los problemas y crean un ambiente de pesimismo. Construir, eso es lo que hemos de hacer: hablando, escribiendo, haciendo lo que esté en nuestra mano. Pero sobre todo rezando y desagraviando.

A veces olvidamos los medios sobrenaturales, y es como poner los bueyes detrás del carro, y así el carro no se mueve. Los santos han hablado en el tono que convenía utilizar, pero sobre todo han hecho mucha penitencia por los pecados ajenos. Cuando se desea que un familiar cambie y se acerque a Dios, lo que se ha de hacer es rezar y ofrecer mortificaciones. Y viendo «la fe de ellos», Dios moverá los corazones.

Auméntame, Señor, el sentido sobrenatural, para que me duelan las ofensas que te hacemos por lo que son en realidad, no por sus consecuencias humanas lastimosas. Quiero ver con tus ojos, Cristo mío, cuánto te ofende el pecado y la manera de erradicarlo. Te pido por aquellos que no se atreven a ir a pedirte perdón y por los que no se percatan del mal que hacen. Perdónales, Señor.

8 tiempo ordinario

Vino nuevo

“Nadie echa vino nuevo en odres viejos; porque revientan los odres, y se pierden el vino y los odres; a vino nuevo, odres nuevos” (Mc 2,22)

Jesús conocía muy bien el mundo en el que vivía, era realista. En ocasiones tomaba ejemplos de la vida cotidiana, en los que se reflejaba el sentido común, para exponer sus enseñanzas. Aquí sale al paso de la malicia de los fariseos, que buscaban la polémica sobre el ayuno, pero sin intención de aprender porque les faltaba buena voluntad.

La doctrina cristiana era nueva entonces, y siempre tiene un aire joven y actual: da solución a los problemas que los hombres se plantean, tanto en el ámbito humano como en su dimensión trascendente para con Dios. Pero es necesario poseer un corazón sencillo, recto. Los racionalistas, aquellos que quieren mantener sus razonamientos –sus pre-juicios– por encima de todo, están incapacitados para admitir lo que otro (en este caso Dios) dice.

Siempre se pueden objetar razones para no creer. San Agustín, que tuvo que vérselas con racionalistas escépticos de su época, afirma que «para el que quiere creer tengo mil razones, pero para el que no está dispuesto a creer, no tengo ninguna».

La sabiduría popular lo expresa diciendo que «tal como es uno así ve las cosas», «según es el recipiente, así adapta lo que recibe». Jesús no entró a la discusión con los fariseos sino que les habló de la necesidad de tener el corazón nuevo –y para ello posiblemente convertirse– para aceptar su doctrina. La palabra de Dios rompe los limitados razonamientos humanos, elevando al hombre sin componendas, sin permitirle pactar con secretas pasiones egoístas, abriéndole a la infinitud de la verdad y del amor.

Jesús, haznos humildes, haznos hombres nuevos, capaces de esta novedad que trajiste desde el Cielo; que no creamos tan “listos” que nos pongamos a discutir con Dios, que no nos busquemos razones mentirosas para justificar nuestros errores.

9 tiempo ordinario

Libertad de espíritu

“Y añadió: «El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado; así que el Hijo del hombre es señor también del sábado»” (Mc 2, 27-28)

La doctrina cristiana no es un conjunto de preceptos sobre lo que está permitido y lo que no se puede hacer. Ése era el sistema que los fariseos habían tejido, equiparando las enseñanzas humanas con los preceptos divinos; de esta suerte habían trocado la obediencia debida a la Ley mosaica en el cumplimiento de 248 preceptos positivos y 365 negativos, con todas sus clases y divisiones. Toda aquella tupida red de enmarañados hilos asfixiaba a las gentes, envuelta en una capa de hipocresía donde sólo se contemplaba la obediencia exterior y formularia.

Pero la doctrina cristiana no es así. Cristo nos ha ganado *la libertad de los hijos de Dios* (Rm 8,21) que consiste en la soltura de quien actúa en la presencia de su Padre Dios y al que trata de agradar. La libertad dimana del amor, y cuando se ama se actúa libremente y, además, se acierta. En este sentido decía san Agustín: «Ama, y haz lo que quieras». Lo que importa entonces no es el «cumplimiento» sino el interés, el amor. Por eso, el que ama procura conocer lo que el amado desea, busca realizarlo y además de una manera generosa, sin decir nunca: «mira lo que he hecho».

Para vivir así con Dios es imprescindible conocer bien la doctrina cristiana –con el fin de no equivocarse y hacer el verdadero bien– y después libertad de movimientos. Habrá que cumplir algunas cosas previstas (el modo de dar culto a Dios, las obligaciones familiares, profesionales, etc.) pero el amor es inventivo y se demuestra de mil maneras.

Es el amor, no el temor puritano a no cumplir estrictamente ni el cumplimiento farisaico, lo que agrada a Dios. Él no nos quiere con ánimo encogido, escrupuloso o agobiado. Nos quiere alegres, sueltos. Y si nos equivocamos, iremos a pedirle perdón con la misma naturalidad.

Danos a todos, Señor, el señorío de los hijos de Dios. Esa libertad de espíritu que sólo busca hacer el bien, que sólo busca amarte. Trataremos de conocer qué deseas y –con tu gracia– procuraremos cumplirlo.

1 de Cuaresma

El peso del amor

“En seguida el Espíritu lo impulsó hacia el desierto. Y estuvo en el desierto cuarenta días mientras era tentado por Satanás” (Mc 1, 12)

Todos los seres son empujados suavemente hacia su bien propio por una inclinación natural: el humo tiende hacia arriba, el agua del río hacia la zona más baja, el gato al lugar soleado, el búho se esconde durante el día. Incluso cada facultad está orientada como por instinto hacia su objeto específico, por una connaturalidad que brota de la misma estructura de su ser: el ojo está hecho para distinguir los colores, el gusto para saborear,... La inteligencia del hombre apetece su objeto propio que es la inteligibilidad de las cosas, y su voluntad tiende de suyo hacia el bien.

Cuando el hombre es introducido en el orden sobrenatural por la gracia, participa en la vida íntima de Dios, y esa transformación radical que le diviniza en su misma esencia, crea en él inclinaciones e instintos nuevos. La gracia le da a participar el ser Dios, se piensa como Dios, se ama y actúa a la manera de Dios, a semejanza del Dios hecho carne y habitante en la tierra entre nosotros.

La gracia imprime en él, hasta en sus menores reacciones, un instinto divino. En adelante, y en la medida que se deje guiar por el Espíritu de Dios (*los que son movidos por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios*), el hombre actuará espontáneamente como hijo de Dios.

El *pondus* eran las piedras que los romanos ponían en la bodega de los barcos para que empujara hacia abajo y no se volcaran. San Agustín dirá: «Deus meus, pondus meus». Dios ha de ser el peso, el Amor hacia el que sea atraído el corazón del hombre, como Fin último. Esa atracción hacia el Bien supremo le transforma en lo más profundo de su psicología, pasando a ser Dios el centro de polarización de todos sus movimientos amorosos. He aquí el secreto de los santos.

Quiero descubrir esas fuerzas del cuerpo y de la afectividad que me tiran hacia los lados y distorsionan mi movimiento hacia Ti, Señor, para arrancarlos con la penitencia. Que seas Tú el único afán de mi vida, el soplo que me lleve y el puerto al que arribar.

¿Quién es Jesús?

“Jesús tomó consigo a Pedro, Santiago y Juan y los llevó a ellos solos aparte a un monte elevado, y se transfiguró ante ellos. Sus vestidos se volvieron resplandecientes... Y se les aparecieron Elías y Moisés, que conversaban con Jesús” (Mc 9, 2-4)

En los evangelios se aprecia una y otra vez cómo la gente se preguntaba quién era Jesús. Aparecía como un hombre de gran personalidad humana, al que el pueblo tenía respeto, pues era exigente y amable; Jesús era maravilloso. Y como un hombre aparecerá en el huerto de los Olivos, precisamente ante estos tres apóstoles, como el reverso de la transfiguración. En Getsemaní le iban a ver como un hombre necesitado, enfermo, con temor. En cambio, en la transfiguración aparece en un ambiente que despide destellos divinos.

¿Quién era este hombre que hablaba con Elías y Moisés, que tenía esos amigos del cielo? ¿Quién es Jesús? Esa era la pregunta que tantos se hicieron al tener noticia de él, y que toca a cada uno responder.

El evangelio nos describe hoy cómo se abrió una rendija del cielo y salió un rayo de luz, una nube: la presencia de Dios. Es como si se hubiera manifestado el otro aspecto de Jesús. San Pablo dirá que Jesús es el ser celestial, alguien venido del cielo (1 Co 15,47), y Él mismo afirmó que él era el pan vivo bajado del cielo (Jn 6,51). San Juan arranca su evangelio diciendo que el Verbo de Dios vino a la tierra haciéndose carne, hombre, y por eso se dice a María en el momento de la Anunciación que tendrá un hijo, que será Santo, por obra del Espíritu Santo.

Jesús es alguien muy cercano a nosotros, pero no hemos de olvidar que no es una criatura humana. Reverencia, por tanto, pues estamos ante Dios. No hemos de perderlo de vista en nuestra oración, no sea que, al ser tan cercano, le perdamos el respeto como si fuera un amigo más, un personaje histórico interesante, como un orador que hablaba de la paz.

Quiero buscar tu verdadero rostro, Señor. Que te vea muy cercano, pues para eso quisiste venir a estar con los hombres, pero que entienda todo lo que encierra tu nombre, Jesús.

No podemos callar

“Jesús subió a Jerusalén. Se encontró en el Templo con los vendedores de bueyes, ovejas y palomas, y con los cambistas sentados. Y haciendo con cuerdas un látigo expulsó a todos del Templo... tiró las monedas de los cambistas y volcó las mesas” (Jn 2, 13-15)

Aquél fue un suceso sorprendente e inolvidable para quienes lo presenciaran, porque Jesús habitualmente no se comportaba así. Ante los pecadores tenía entrañas de misericordia, y ante las ofensas que le infligieron en la Pasión, Jesús callaba. Pero aquel día en el templo quiso dejar bien claro que las cosas de Dios hay que tratarlas santamente.

No podemos olvidar la cólera de Dios manifestada en los avisos de los profetas, que denunciaban los pecados institucionalizados; el último profeta –Juan Bautista– también habló en esos términos. Jesús se mostró como profeta poniendo en evidencia la corrupción de los hombres, la pérdida del sentido sagrado y el incumplimiento de los mandatos de Dios.

También la autoridad de la Iglesia denuncia en ocasiones males gravísimos institucionalizados en algunos países: el aborto, la eutanasia, las prácticas homosexuales, la esclavitud, la explotación de los más débiles, el ataque a los cristianos por sus creencias, el mal uso de los lugares y objetos sagrados,... Una cosa es dialogar y otra callar ante el mal que se realiza impunemente.

La prudencia indica en algunos casos que es mejor callar, pero otras veces lleva a salir al paso decididamente contra el mal. San Pedro dirá a los príncipes de Israel que no podían no hablar de Jesucristo. ¿No es verdad que nuestro silencio por no querer significarnos, por no aparecer como exagerados, puede significar en algunos casos ser cómplices del mal ajeno?

Danos, Señor, amor a la verdad y fortaleza para no ceder ante la presión del ambiente. Auméntanos la piedad, que sepamos tratar las cosas santas –los objetos religiosos, los templos, la doctrina, la vida humana, el matrimonio– santamente. Que no perdamos el sentido de lo sagrado, que no nos volvamos mundanos en el modo de pensar. Ayúdanos Señor, pon en nuestro camino alguien que nos lo recuerde.

4 de Cuaresma

La luz de la conciencia

“El juicio consiste en esto: que vino la luz al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Pues todo el que obra mal aborrece la luz, y no se acerca a la luz para no verse reprobado por sus obras” (Jn 3, 19-21)

En algunos relojes de sol que embellecen las fachadas de ciertos edificios hay una leyenda que dice: «Horas non numero, nisi serenas», como si el reloj hablara y dijera que no marca las horas a no ser que haga buen tiempo: si no hay luz no sirvo. La conciencia aprueba o reprueba las acciones que vamos a realizar o que hemos realizado. Pero, como el reloj de sol, necesita de la luz para poder señalar bien. La luz es la verdad. Por eso es tan importante formar bien la conciencia, para distinguir con claridad el bien del mal. Sólo así podemos ejercitar bien nuestra libertad.

Jesús explica que el que no quiere obrar bien huye de la luz, de la verdad, porque ojos que no ven corazón que no siente. Pero uno es responsable del bien que debiera hacer o del mal que ha realizado si culpablemente no quiso saber lo que debía hacer. Es una necedad ocultarse de la verdad en esta vida, ir a la oscuridad para pecar (por algo se llama a los diablos los hijos de las tinieblas), porque nada escapa a la mirada de Dios, incluso entenebreciendo la conciencia hasta llegar a pensar que no es pecado lo que sí es. Es tan absurdo como el que estropea la brújula y luego actúa como si funcionara bien.

Hay una estrecha relación entre la conciencia y el modo de vida. Dios conoce las circunstancias ambientales y personales de cada uno y por qué en el fondo de su corazón decide hacer lo que hace, y también conoce la resistencia a oír su voz en esta vida, acallando la conciencia a base de teorías y de jaleo.

Cada noche en el examen de conciencia tenemos la oportunidad –si queremos– de ver, con la luz de Dios, nuestras acciones y de rectificar lo que hemos hecho mal. Y sacar propósitos de cambio. Después iremos a ese juicio de misericordia en esta vida que es el sacramento del perdón. Esto es caminar en la luz.

Quiero acercarme a Ti, Señor, que eres la Luz, y en tu luz ver qué he de hacer.

La cruz

“Jesús les contestó: «Ha llegado la hora en que será glorificado el hijo del Hombre. Os lo aseguro: si el grano de trigo que cae en tierra no muere, queda solo; pero si muere, produce mucho fruto»” (Jn 12, 23-24)

La Cruz es algo nuclear en el cristianismo. Jesús nació para morir en ella, para triunfar en ella, y ésa será la señal de los cristianos. Nosotros no la toleramos, la amamos, porque es nuestro lugar, como lo fue para el Señor. Él se ilusionó por la Cruz, suspiró por ella, la amó; y por eso rechazó a Pedro que quería alejarle de ella. Si nosotros hemos de amar lo que Él amó, tener sus mismos sentimientos, también hemos de amar la Cruz, querer ser corredores, ser crucificados con Cristo.

Es una de las paradojas del cristianismo: para ser glorificados hay que pasar por la humillación, para tener vida espiritual y dar vida a los demás es necesario morir, ser mortificados; pero es el camino. Estos días lo consideramos al contemplar la Pasión y Muerte del Señor. El sufrimiento en los hombres es un misterio, pero el cristiano que une su dolor al de Cristo puede entender su significado salvífico.

El sufrimiento es un lugar privilegiado donde podemos ejercitar la Fe, la Esperanza y la Caridad, donde podemos acercarnos con rapidez al Padre, como estaba unido Jesús a su Padre. El dolor nos puede dar una gran solidaridad con Cristo, que sabe lo que es sufrir y se ha unido de tal manera con el que sufre para hacerle entender lo que significa ser hijo de Dios.

Acepto ya desde ahora la Cruz cuando aparezca en su sorpresa o en su aspereza. Quiero amarte, Señor, en todas esas pequeñas cruces con las que me encuentro cada día: la intensidad y perfección en el trabajo, el cumplimiento de los deberes, la caridad esforzada, tener que cargar con las necesidades de los demás.

Dame tu gracia para que no me canse, para que no me queje, para que te sea fiel en lo que me parece grande y en lo que me parece pequeño.

Domingo de Ramos

Eloí, Eloí

“Y a la hora de nona exclamó Jesús con una fuerte voz: «Eloí, Eloí, lemá sabacthní?», que quiere decir: «¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has desamparado?»” (Mc 15,34)

Cuando se ha apostado por Dios, y ante la impotencia por el sufrimiento aplastante y la muerte cercana, es humano, es algo profundamente humano, levantar la mirada a Dios y preguntarse: «¿Por qué? ¡¿Dónde está Dios?!».

Esa misma pregunta lanzada al cielo puede significar cosas distintas, según el corazón de quien la formula. En unos casos puede ser una queja, un desafío a Dios –si Dios existe, que lo demuestre ahora–, o puede ser la manifestación del dolor sumido en la certeza de quien sabe que Dios está por allí escuchándole en medio de su desolación. Es la exclamación final del Santo Job que, después de sufrir él solo su desgracia y sentir la lejanía de Dios, afirma: *Yo sé que mi Redentor vive, y al fin... yo veré a Dios* (Job 19, 25-26).

«En realidad –explica Juan Pablo II–, si Jesús prueba el sentimiento de verse abandonado por el Padre, sabe, sin embargo, que no lo está en absoluto. Él mismo dijo: *El Padre y yo somos una misma cosa*, y hablando de la pasión futura: *Yo no estoy solo porque el Padre está conmigo*. En la cima de su espíritu Jesús tiene la visión neta de Dios y la certeza de la unión con el Padre. Pero en las zonas que lindan con la sensibilidad y, por ello, más sujetas a impresiones, emociones, repercusiones de las experiencias dolorosas internas y externas, el alma humana de Jesús se reduce a un desierto, y Él no siente ya la “presencia” del Padre, sino la trágica experiencia de la más completa desolación... Si el pecado es la separación de Dios, Jesús debía probar en la crisis de su unión con el Padre, un sufrimiento proporcionado a esa separación» (Audiencia, 30-XI-1988).

Gracias, Señor, porque has querido experimentar hasta lo más íntimo de tu humanidad todas las consecuencias dolorosas derivadas del pecado, incluso hasta el límite, hasta la amargura de la soledad –la ausencia de Dios–, y nos enseñas a confiar en el Padre.

Domingo de Resurrección

No temáis

“Entraron (las mujeres) en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y se asustaron. Él les dijo: No os asustéis. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? No está aquí. Ha resucitado” (Mc 16, 5-6)

En la Biblia aparecen con frecuencia los ángeles, que comunican mensajes de Dios. Unos ángeles hablaron con Abrahán, el ángel Rafael acompañó a Tobías en su viaje, etc. Gabriel habló con Zacarías, con María y con José. Los ángeles sirvieron a Jesús después de estar cuarenta días en el desierto, y uno le consoló en Getsemaní. Jesús habló de los ángeles de la guarda que tienen los niños. Un ángel habló a Felipe (Hch 8,26), otro a Cornelio (Hch 10,3), otro liberó a Pedro cuando estaba en la cárcel, y al llegar Pedro a donde estaban los discípulos y llamó a la puerta pensaron que sería su ángel (Hch 12,15). En el Apocalipsis aparecen muchas veces.

Entre los primeros cristianos era normal contar con los ángeles. Y así debía ser al principio, antes del pecado: que Adán y Eva hablarían naturalmente con ellos. Porque los hombres tenemos más connaturalidad con ellos –espíritus puros– que con los animales, pues somos espíritus encarnados, y no animales más perfectos.

Las mujeres que fueron al sepulcro se asustaron al ver y al oír al ángel. María, en cambio, cuando habló con Gabriel, no. No debemos asustarnos ante lo sobrenatural, ante la voz del cielo. Sólo se asustan quienes no creen en el verdadero Dios, sino en cosas misteriosas, que realmente dan miedo. A diferencia de lo exotérico, la voz de Dios es siempre a la luz del día, como en la mañana de resurrección. Por tanto, lejos de nosotros el miedo, ese miedo del que habla el Génesis que tuvo Adán cuando se alejó de Dios. El miedo que sintió Jesús en Getsemaní, al cargar con los pecados. Y es que el miedo y el pecado andan juntos. Si caminamos a la luz de Dios, nada hemos de temer.

Quiero acordarme ahora de mi ángel de la guarda, que Dios me ha puesto como una buena sombra que no me abandona, que me protege, que me sugiere buenas ideas. Quiero contar más con él, con ellos, en esta lucha interior que es contra otros ángeles, los ángeles caídos.

2 de Pascua

¿Dónde estás?

“Tomás, uno de los doce, llamado el Mellizo no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y la mano en su costado, no lo creo»” (Jn 20, 24-25)

¿Dónde estaba Tomás ese día de resurrección? Por sus palabras se advierte que sí estuvo presente en la ejecución de Jesús, pero había perdido la fe en Cristo. ¿Dónde estaba ese día? Recuerda al hermano de la parábola del hijo pródigo que, mientras en la casa hacían fiesta, él no estaba allí, como quien no está en las cosas de su padre; estaba haciendo otras cosas: su trabajo, sus ilusiones, su mundo. También recuerda aquella palabra de Yahvé nada más cometerse el pecado original: «Adán, ¿dónde estás?» Adán ya estaba en otras cosas, en un mundo distinto del de Yahvé, con miedo y con otros proyectos.

Los apóstoles acababan de recibir la visita de Jesús resucitado, y del Espíritu Santo que les había enviado, y Tomás no estaba. Se acababa de perder la alegría de la resurrección, seguía en su oscuridad, porque el que no cree camina en tinieblas, tristezas y miedos. Y Tomás es capaz de decir esa frase brutal, insultante, irreverente, de meter el dedo en los agujeros que dejaron los clavos en las manos del Maestro.

Tenemos que tener cuidado con lo que decimos, con lo que hacemos, con quien estamos. Hemos de estar en comunión, en sintonía con el Evangelio, con lo que dice el Papa. Y no perdernos reuniones en las que sí deberíamos estar, perdernos documentos que sí deberíamos leer, perder las noticias de familia que deberíamos conocer y vibrar con ellas. No vaya a ser que estemos tan metidos en nuestras cosas, en nuestro trabajo, en nuestras opiniones, que no nos afecten las cosas de Dios y las cosas de nuestros hermanos.

Señor, quiero hacer examen. Para que Tú, y sólo Tú, me entusiasmes, y tus cosas sean mis cosas. Examinaré mis palabras y mis acciones, cuando me lo haga notar quien me quiere, para no alejarme, para volver a vibrar con tus intereses, con tus cosas.

3 de Pascua

Dios y Hombre

“Llenos de miedo por la sorpresa, creían ver un fantasma. Y les dijo: «¿Por qué os turbáis, y por qué surgen dudas en vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies: soy yo mismo»... Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado, y tomándolo, comió delante de ellos” (Lc 24, 37-43)

Jesús demostró que, aún siendo hombre verdadero (tenía cuerpo y alma humanos), no era una persona humana, sino divina. A los discípulos les costaba entenderlo cuando le acompañaban en sus viajes por Palestina porque veían su cuerpo y las manifestaciones de su alma (cómo amaba, cómo sufría). Su humanidad se manifestó en carne viva en su Pasión al ser flagelado y crucificado.

Sin embargo, Jesús había afirmado que Él era igual al Padre, es decir, que era igual a Dios. Una vez que hubo resucitado y se les apareció, a los discípulos no les cabía en la cabeza que pudiera ser el mismo que habían visto morir tres días antes, pero al comprobar asombrados que era Él mismo, no dijeron que era «Jesús», sino «el Señor»: le reconocían como el Señor de sus vidas, como Dios.

¡Qué humano es que Jesús les mostrara los pies y las manos, y verle comer! ¡Y era el Señor! Ha habido personas que han hablado con Jesús resucitado. Parece increíble, pero ha sido así. Si Él no quiere aparecerse a los cristianos es porque es mejor que creamos en Él. Pero no por eso hemos de dejar de hablar con Él. Es muy fácil recordar su vida, verle en los pasajes del Evangelio caminando, sentado a la mesa o en el monte, orando. El camino es tratar su Humanidad santísima, tratarle como Hombre, sabiendo a la vez que es el Señor, que nos habla, que nos quiere, que nos orienta y nos pide.

Si yo entendiera que estás tan cerca, Señor, te hablaría a toda hora; sería para mí la oración un rato de tertulia enriquecedora. ¿Por qué no me lo haces entender? Yo sé que en la Eucaristía estás de modo sacramental con tu Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Iré junto a Ti; Tú auméntame la fe.

4 de Pascua

El Buen Pastor

“Yo soy el buen pastor: conozco a las mías y las mías me conocen. Como mi Padre me conoce, también yo conozco al Padre, y doy mi vida por las ovejas” (Jn 10,1-15)

Jesús es el Señor de nuestra vida, es la autoridad, el Pastor que nos guía con sus palabras y con el ejemplo de su vida. Y si el ejercicio de toda autoridad ha de ser un servicio, Jesús demostró con su entrega en los años que vivió entre nosotros –y de manera elocuente en la cruz– que dio su vida por sus ovejas. ¿Cuál ha de ser nuestra respuesta ante sus silbidos amorosos, ante las indicaciones que nos hace a través de los que ha constituido como pastores en la Iglesia? La respuesta ha de ser la sumisión y la obediencia.

Nuestra actitud ante los documentos del Papa y de los Obispos ha de ser la sumisión de nuestra inteligencia. No son opiniones lo que dicen, lo han pensado muy bien y se han informado por expertos cuando indican cuál es la respuesta de la fe o la solución moral a una cuestión. Sólo el Papa y los Obispos unidos a él tienen esta autoridad delegada de Cristo. Por eso, aunque un teólogo fuera muy listo, si disiente del Magisterio de la Iglesia, se equivoca y no hay ni que escucharle.

Si en cualquier tema humano no todas las opiniones valen lo mismo –pues puede haber opiniones autorizadas y otras que no lo son–, en cuestiones de fe o de moral mucho más, pues no se trata de opiniones, sino de conocer la verdad objetiva. La única autoridad en estos temas es Cristo, que es la Verdad, el Buen Pastor, y la de aquellos que le representan, a los que dio una especial asistencia para que fueran fieles intérpretes de sus palabras y confirmaran en la fe a sus hermanos.

Gracias, Señor, porque siendo Dios no usas la prepotencia con los hombres, sino que nos presentas la verdad en un ejercicio de humildad y de servicio. Gracias porque tus ministros gastan su vida aprendiendo tus palabras y enseñándonos sin medir el tiempo que dedican.

Yo procuraré escucharte a través de estos medios, especialmente leyendo los documentos del Papa, como si fueran escritos por Ti y dirigidos a mí, y trataré de saber antes de leer algún libro si contiene doctrina católica.

5 de Pascua

Sarmientos de la vid

“Permaneced en mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos” (Jn 15, 4-5)

La santidad en esta tierra no consiste en la ausencia de tentaciones, sino en tener las potencias ordenadas. No consiste incluso en no tener caídas, sino en levantarse siempre. Para la santidad es preciso luchar, esforzarse por hacer el bien, pero tampoco la santidad consiste esencialmente en el esfuerzo. La santidad consiste en estar unido a Cristo por la gracia.

Para esto es necesario buscar la voluntad de Dios y ponerla en práctica: creer y bautizarse, con todo lo que estas palabras encierran: cumplir los mandamientos, unirse a Cristo en los sacramentos y en la cruz de cada día. Vivir en estado de gracia, realizando obras buenas, especialmente recibiendo los sacramentos, pues en ellos nos revestimos de Cristo. Además la oración y la mortificación.

Por el bautismo hemos sido injertados en Cristo, como una rama en una cepa, y ahora somos como sarmientos suyos. Se puede decir que por las venas de nuestra alma circula la vida de Cristo, la vida sobrenatural.

Dios ha querido asociarnos a su vida eterna y feliz, pero es preciso realizar de vez en cuando una poda porque estamos sobrados de egoísmo y de todo lo que eso implica. Quitar ramas secas y hojarasca del «hombre viejo» para tener más savia joven, vida nueva del Espíritu.

¿Qué he de hacer, Señor, para identificarme contigo y vivir sólo de Ti? Acudiré con frecuencia a la Santa Misa venciendo mi comodidad; y me llegaré a Ti en el sacramento de la reconciliación cuando advierta que la avaricia, la ira, la sensualidad, etc., me hayan distanciado de Ti. Y lucharé contra las tentaciones, que Tú conoces, Señor, para no separarme nunca de Ti.

Madre nuestra, María, que en este mes de mayo te honramos y acudimos a tu protección; ayúdanos en nuestras peleas contra el enemigo que quiere que seamos sarmientos secos para el fuego eterno, y llévanos siempre a Jesús.

6 de Pascua

Declaración de amor

“Como el Padre me amó, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor... Estas cosas las he dicho para mi gozo esté en vosotros y vuestra alegría sea completa... Nadie tiene amor mayor que el de dar la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15, 9-14)

Aquellas palabras de Jesús –declaración de amor a sus amigos– debieron dejarles impresionados. Dios nos ama, esta es la premisa mayor de todo el mensaje cristiano. Palabras que abrasan el corazón y que resuenan con la misma fuerza, intensidad y urgencia con que fueron pronunciadas la primera vez. Jesús lo demostró. Ésa es la realidad.

Pero el amor es un regalo que si no es aceptado, si no es recíproco, no llega a su perfección. El amor es una cuestión entre dos. Por parte de Dios está la mano tendida, el corazón dispuesto. Sólo se necesita demostrarle nuestro amor: hacer lo que Él nos manda, permanecer en su amor. Obras son amores, y no buenas razones. El amor hay que demostrarlo con los hechos. Las obras que Él espera están al alcance de nuestra mano: cumplir los Mandamientos. Ante esa declaración de amor de Jesús, hemos de responder con generosidad, sin decirle nunca que no, sin responder que sí a medias. En la medida de nuestra correspondencia, en la medida de nuestro amor a Dios seremos felices, nuestra alegría será más plena. ¡Qué bien nos conoce Dios!

En estos días de alegría de la Pascua, la Iglesia nos recuerda el mandamiento del Señor. Sus mandatos no son pesados. Cuando hay amor uno no se fija en lo que cuesta, ni siquiera en el sacrificio del martirio. Jesús dio su vida por nosotros, nosotros hemos de dar la nuestra cada día, gastándola en el afán de demostrarle nuestro cariño.

Oh Dios, que no necesitas nada de tus criaturas y, sin embargo, deseas una cosa: nuestro cariño. Voy a poner cuidado en conocer lo que te agrada, voy a esforzarme en cumplir amorosamente tus sugerencias. No por mi felicidad, sino porque deseo ser un consuelo para Ti en la tierra y agradarte a Ti, de quien sólo he recibido amor.

La Ascensión del Señor

Fuego en la tierra

“El Señor Jesús... subió al cielo y se sentó a la derecha de Dios. Ellos se fueron y predicaron por todas partes, y el Señor cooperaba confirmando su palabra con las señales que les acompañaban” (Mc 16, 19-20)

Jesús culmina su estancia en la tierra elevándose al Cielo, para recibir toda la gloria que, como Hijo de Dios, le corresponde. Él se había anonadado tomando forma de siervo, se hizo obediente hasta la muerte de Cruz. Después Dios lo exaltó y le dio un nombre sobre todo nombre, de modo que ante Él doble la rodilla cuanto hay en los cielos y en la tierra (cf. Fl 2,8). Pero antes de marcharse, Jesús confía a sus apóstoles la misión de proclamar el Evangelio a toda criatura, y les promete su ayuda: Él estará siempre con ellos.

Ellos se fueron a predicar, entregando el fuego sagrado a quienes les escuchaban. Después, cuando dejaron la tierra para ir al Cielo, el fuego de Cristo se fue esparciendo por toda la tierra. Aquel fuego que Cristo había venido a traer fue encendiendo todas las páginas de la Historia. Ahora ese fuego está en nuestras manos y nos toca a nosotros reavivarlo en nosotros mismos y propagarlo entre los hombres de nuestra época. Que no se apague, porque es una misión que Cristo nos ha confiado para iluminar, alegrar y mejorar la conducta de los hombres. Ese fuego se mantiene y alimenta en el estudio de las verdades cristianas y en la oración, pero también en la medida en que uno habla de Dios a los demás.

En estos días previos a Pentecostés podemos acudir al Espíritu Santo, que llegó en forma de fuego, con aquella oración de santa Edith Stein al Espíritu Santo:

¿Quién eres Tú, dulce luz, que me llena e ilumina la oscuridad de mi corazón? Tú me guías como la mano de una madre, y si me soltaras, ya no sabría dar un paso más. Tú eres el ámbito, que me circunda y me encierra en sí. Separada de Ti, me hundiría en el abismo de la nada, del que a esa nada la elevaste hasta el ser. Y eres más interior a mí que lo más íntimo de mi ser, y, sin embargo, eres inaccesible e incomprensible, y no cabes en nombre alguno: ¡Espíritu Santo - Amor eterno!

Pentecostés

Experiencia de amor

“Estaban los discípulos en una casa... En esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros»... Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor” (Jn 20, 19-10)

Había sido en el Cenáculo donde Jesús les demostró su amor hasta el extremo, instituyendo la Eucaristía, la Nueva Alianza. Fue en el Cenáculo donde estaban reunidos ese domingo de resurrección, donde Jesús se les aparece y les llena de alegría. Y será en ese mismo lugar, a los cincuenta días, que descenderá el Espíritu Santo sobre ellos, como leemos en la primera lectura de la misa de hoy. Pentecostés fue la experiencia mística del amor de Dios. De toda la Iglesia, y de cada uno de sus miembros, como se simbolizó en las lenguas de fuego que recibieron cada uno personalmente. La Iglesia somos las personas con Cristo y con María, no los edificios. Y el Espíritu Santo desciende sobre nosotros, en el Bautismo, y en plenitud en el día que recibimos el sacramento de la Confirmación.

Él está en nosotros, pero no basta saberlo como una idea más, sino que es preciso experimentarlo personalmente, y muchas veces a lo largo de la vida. Sentirse amado por Dios. Hasta que no se llega ahí no se *sabe* quién es Dios, ni lo que es ser hijo de Dios. Y se desconoce la alegría que Dios da, fruto de ser poseídos por el Espíritu Santo. La alegría que vemos hoy en los apóstoles al reconocer a Jesús resucitado no es la mera alegría de quien vuelve a encontrarse con el maestro o el familiar al que creía difunto. Es la alegría del converso, de quien cambia radicalmente su mente porque ha encontrado a Dios como sentido de su vida. Ya no llamarán los cristianos a Jesús «señor», de usted, sino «el Señor», el Kyrios, Dios.

Ante la pregunta que uno le hizo a san Josemaría Escrivá –Padre, ¿usted está contento?–, se quedó pensativo, en seguida le contestó algo que dejó escrito después: «No se han inventado todavía las palabras para expresar todo lo que se siente –en el corazón y en la voluntad– al saberse hijo de Dios» *Surco*, 61).

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles, el mío. Enciende en mí el fuego de tu amor, para que te conozca a fondo, porque sólo en el amor se te conoce a Ti, Dios, Amor infinito.

La Santísima Trinidad

Es de noche

“Y acercándose Jesús, les habló diciendo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo»” (Mt 28, 18-19)

En el momento en el que Jesús deja este mundo y les da el mandato de continuar su misión, revela una vez más a sus discípulos el misterioso modo de su ser divino: Dios es una sola Naturaleza y tres divinas Personas, distintas entre sí e iguales al mismo tiempo en grandeza y poder.

«Bien sé Tres en una sola agua viva residen, y una de otra se deriva, aunque es de noche», afirma san Juan de la Cruz. Ante el misterio de la Santísima Trinidad hemos de ser humildes, pues no se trata tanto de entender con la propia razón limitada, sino sobre todo de amar. Si la más pequeña célula guarda enigmas para el hombre de ciencia, no es de maravillar que en la intimidad del Creador haya abismos llenos de misterios. Aunque es éste un misterio de luz, es tanta la luz, que nos ciega. *Es de noche*. Pero si reconocemos la infinita trascendencia de Dios y alzamos con fe amorosa nuestra mirada hacia Él, entonces comienza el alba.

Las tres divinas Personas se nos ofrecen como el fruto infinitamente sabroso, que eternamente sacia sin saciar. «La delicadez del deleite que en este toque se siente –dice el místico– es imposible decirse... que no hay vocablos para declarar cosas tan subidas de Dios como en estas almas pasan... y así sólo se puede decir, y con verdad, que *a vida eterna sabe*; que aunque en esta vida no se goza perfectamente como en la gloria, con todo eso, este toque de Dios, *a vida eterna sabe*» (*Llama de amor viva*).

Del fondo del corazón nace el deseo de proclamar que Dios es personal, que se puede hablar con Él, porque sin la vida de Dios, la existencia no tiene sentido. Hoy es un día para hacer actos de fe, de esperanza y de amor. No basta saberlo, hay que decirlo:

Creo, espero y amo a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo. Creo en la Santísima Trinidad, único Dios verdadero, fuente de verdad y de amor, único fin de mi existencia.

Corpus Christi

Jesús Sacramentado

“Mientras cenaban, tomó pan y, dicha la bendición, lo partió, y se lo dio diciendo: «Tomad, esto es mi cuerpo». Tomando luego el cáliz, dio gracias, se lo dio y bebieron todos de él. Y les dijo: «Esta es mi sangre de la Nueva Alianza, que será derramada por muchos»” (Mc 14, 22-24)

La Eucaristía es un misterio de fe y de amor. Sólo la fe y el amor descubren a Aquél que se esconde en esas *cosas*. Es un misterio que Dios se haya hecho hombre para acercarse a los hombres, y haya escondido su divinidad en su humanidad; pero mayor misterio es que se haya querido quedar hasta el fin de los tiempos, escondida incluso su humanidad, en un trozo de pan y en un poco de vino. ¡Ahí está Jesús vivo!; éste es su Cuerpo, el mismo que nació de María y que vieron en la cruz; aquí está su Sangre derramada por nosotros, está su Alma que animó aquel Cuerpo y que entregó al Padre; aquí su Divinidad.

Jesús instituyó este Sacramento como *memorial* perenne de su Pasión, Muerte y Resurrección, de su Alianza de amor por nosotros. La fe en la presencia real de Cristo en la Eucaristía llevó a la devoción de adorar a Jesús Sacramentado fuera de la Misa. Primero fue para llevar este manjar a los enfermos y a los presos por la fe; después para darle culto público: bendición con el Santísimo, procesiones, visitas al Sagrario, adoración y velas nocturnas...

En muchos lugares se vive la antiquísima costumbre de llevar por las calles a Jesús Sacramentado «rompiendo el silencio misterioso que circunda a la Eucaristía y tributarle un triunfo que sobrepasa el muro de las iglesias para invadir las calles de las ciudades e infundir en toda la comunidad humana el sentido y la alegría de la presencia de Cristo, silencioso y vivo acompañante del hombre peregrino por los senderos del tiempo y de la tierra» (Pablo VI).

Creo, Señor, que estás ahí, “mirándonos como a través de celosías” (Ct 2,9). No has querido esperar al encuentro definitivo allá en el Cielo y nos has dejado un anticipo de esa figura que un día contemplaremos con gozo y sin velos. Sé que me esperas para aumentar mi fe, mi esperanza y mi amor.

10 tiempo ordinario

Abiertos a la verdad

“Vinieron a llevárselo porque decían que no estaba en sus cabales. También los escribas que habían bajado de Jerusalén decían: «Tiene dentro a Belcebú y expulsa los demonios con el poder del jefe de los demonios». El los invitó a acercarse... «el que blasfeme contra el Espíritu Santo no tendrá perdón jamás»” (Mc 3, 21-29)

Todos podemos equivocarnos, tener errores de apreciación o errores prácticos. Hemos de tener entonces la suficiente humildad para reconocer la verdad y pedir perdón a Dios. Él siempre está dispuesto a perdonar. Lo que no debemos hacer nunca es rechazar la verdad, decir que Jesús se equivocaba o negar la evidencia de los milagros, porque es lo mismo que cerrarnos la puerta de la salvación.

A quien se obstina en el mal, Dios no le puede salvar porque él mismo pone un obstáculo. La soberbia, sobre todo la intelectual que lleva a no querer aceptar la verdad y a justificar los propios errores, incapacita la conversión, el acercamiento a Dios.

Lógicamente, si los juristas judíos hubieran sido amantes de la verdad, habrían tenido que dejarse vencer por la verdad, pero eso hubiera supuesto convertirse a esa nueva doctrina y cambiar su modo de vida, a lo cual no estaban dispuestos. Por eso llegó un momento en el que el choque fue inevitable y, con intercambio de palabras fuertes, Jesús puso de manifiesto que en sus corazones eran hijos del príncipe de la mentira, por no querer reconocer las obras de Dios.

Jesús era manso de corazón, proponía su doctrina, salía al encuentro de los pecadores con una paciencia infinita (recordamos su diálogo con la samaritana o con Zaqueo), pero ante el encastillamiento de los juristas en su error no tuvo más remedio que hablarles duramente (raza de víboras, hijos del diablo, les llamó), para rasgar sus corazones y quisieran rectificar.

Dame, Señor, el conocimiento propio, que descubra la soberbia anida en mi corazón, y sepa que puedo endurecer mis ojos para no querer ver la luz. Házmeo entender ahora, por si llega un momento de ofuscación.

11 tiempo ordinario

Paciencia

“El reino de Dios se parece a un hombre que echa simiente en la tierra, y ya duerma o vele, sea de noche o de día, la semilla germina y crece sin que él sepa cómo. La tierra por sí misma da el fruto: primero la hierba, después la espiga, después el grano” (Mc 4, 26-28)

El hombre paciente se asemeja al labrador que acomoda su tarea al ritmo propio de la naturaleza, al arado, la siembra, el riego... Cada cosa tiene su momento y hay que esperar meses hasta recoger, multiplicados, los granos que se sembraron y se convertirán en pan. El impaciente querría recoger sin seguir todos los pasos. Hasta para hacer el bien es preciso la paciencia. Todos necesitamos del paso del tiempo para que la semilla de la palabra de Dios vaya arraigando y creciendo dentro de nosotros.

Dios se acomoda al compás de las personas y de las cosas sin acelerarlo. Parece como si Dios no tuviera prisa, pero al pasar el tiempo, sucede lo que tenía previsto, si se han dado los pasos. Es importante no impacientarse ante uno mismo, pensando que no se mejora, que no se vence una dificultad. Y es importante en el apostolado no pretendiendo recoger el fruto que aún no está maduro, pues se estropeará. Las plantas no crecen tirando de ellas hacia arriba. La conversión o la vocación es una tarea del Espíritu Santo que remueve los corazones, cuenta con las circunstancias personales y ambientales y con el paso del tiempo.

No es que las cosas se arreglen solas (porque la paciencia está en las antípodas de la pereza) ni con el mero paso del tiempo. Es que los grandes frutos no pueden apresurarse, se logran con la paciencia que es confianza en Dios y respeto a los demás.

Ven, ¡oh Santo Espíritu!: ilumina mi entendimiento, para conocer tus mandatos; fortalece mi corazón contra las insidias del enemigo; inflama mi voluntad... He oído tu voz, y no quiero endurecerme y resistir, diciendo: después..., mañana. Nunc coepi! ¡Ahora!, no vaya a ser que el mañana me falte.

¡Oh, Espíritu de verdad y de Sabiduría, Espíritu de entendimiento y de consejo, Espíritu de gozo y de paz!: quiero lo que quieras, quiero porque quieres, quiero como quieras, quiero cuando quieras (San Josemaría Escrivá)

12 tiempo ordinario

En la tormenta

“Se levantó un fuerte vendaval y las olas saltaban por encima de la barca, hasta el punto que ya se anegaba. Él dormía sobre un cabezal en la popa. Lo despiertan y le dicen: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» Levantándose, increpó al viento y dijo al mar: «Calla, enmudece!» El viento cesó y sobrevino una gran bonanza” (Mc 4, 37-39)

El problema era real y verdaderamente grave; los apóstoles estaban muy ocupados achicando agua, en un trabajo que les hacía olvidar que Jesús estaba cerca. Le veían dormido, sin hacerles caso, sin echarles una mano. Jesús parecía ausente, ¿o más bien ellos tenían ausente a Jesús? Cuando acudieron a Él, no sólo solucionó el problema de peligro de muerte, sino que creó un ambiente de silencio y de calma.

No debemos estar tan ocupados que perdamos de vista la cercanía de Dios. No basta con saber que Dios existe, pero imaginando que se ha despreocupado de los hombres. Hemos de saber –sentir– que Él nos ama. Y para eso necesitamos sosiego exterior, y sobre todo el interior; un clima de silencio y de escucha, para oír a Dios que nos habla incluso en esos momentos de mucha faena, de tempestades exteriores o interiores, o de sufrimiento, porque si estamos con Dios, entonces, nada hay que temer: «Nada te turbe, nada te espante, sólo Dios basta».

«El Padre ha dicho una palabra. Es su Verbo, su Hijo. La dice eternamente y en un eterno silencio, y en este silencio el alma la oye» (San Juan de la Cruz, *Máximas*). *Yo llevo al alma a la soledad; allí le hablo al corazón*, dice el Señor por Oseas (2,14).

A Jesús, sí le importa que perezcamos por el agobio del trabajo o cualquier cosa que nos quite la paz porque nos quiere amar, y que sepamos que Él está cerca. Todo eso es circunstancial y podemos aprovecharlo para purificarme.

Haré el propósito de no abandonar los ratos de oración por las faenas que hay que hacer en el día para no perder calidad de vida, la del amor.

13 tiempo ordinario

Querer de verdad

“Y una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años..., habiendo oído hablar de Jesús, se acercó por detrás entre la multitud y le tocó el manto, porque se decía: «con sólo que toque su vestido quedaré curada»” (Mc 5, 25-39)

Aquella mujer quería curarse, y había puesto todos los medios a su alcance. Ya no había más remedios, pero al oír hablar de Jesús se lanza a tocarle porque cree que puede curarle. Si hiciéramos una encuesta preguntando a las personas si quieren ir al cielo, todas dirían que sí, que sí quieren. Pero una cosa es ese vago deseo y otra el quererlo realmente, poniendo los medios que hagan falta.

Cuentan que una hermana suya preguntó a Tomás de Aquino qué es lo que se necesita para ir al cielo, y su hermano, que podía haberle hecho un elenco largo (oración, sacramentos, obras de misericordia, etc.), fue esa vez muy lacónico: “Teodora –le dijo– lo único que hace falta es querer”.

Por parte de Dios el camino está trazado, sólo queda recorrerlo personalmente; pero para eso hay que querer de verdad, empleándose a fondo: quien quiere de verdad pondrá los medios. Por eso señala la santa de Ávila que «a los que quieren beber de esta agua de vida y quieren caminar hasta llegar hasta la misma fuente... digo que importa mucho y el todo... una grande y muy determinada determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, murmure quien murmure, siquiera llegue allá, siquiera me muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo» (*Camino de perfección*).

Cuánto tiempo y esfuerzos dedican las personas para las cosas que les placen. Cuánta ilusión tenemos a veces por ciertos temas que verdaderamente nos roban el corazón por momentos y, con tal de conseguir nuestro propósito, ¡cuántos sacrificios hacemos!

Tú quieres, Señor, que esté ilusionado por muchas cosas, pero sólo una es necesaria una cosa, y que ha de estar en el fondo de todo mi pensar, querer y actuar: Tú, Señor. Ayúdame a querer de verdad, con obras, sin que otros afanes apaguen mi propósito.

14 tiempo ordinario

Los obstáculos

“Muchos de los que le oían, decían admirados: «De dónde le viene esto?, y qué sabiduría es esa que le ha sido dada y los milagros que se realizan por sus manos? ¿No es éste el hijo del carpintero?...» y desconfiaban de él” (Mc 6,2-4)

El Señor encontró al comienzo de su ministerio público una gran resistencia en la aceptación de su mensaje. Algunos se admiraban, pero los prejuicios pudieron más que la evidencia. También hoy algunos miran con desconfianza a Jesucristo, a su Iglesia y sus enseñanzas. Esta reserva inicial, que puede ser una dura prueba para nuestra fe, no debe ni retraernos de seguir difundiéndola entre nuestros conocidos, ni acomodarla para hacerla más atractiva a una mentalidad permisiva.

La verdad tiene un enorme poder de convocatoria. Ella se abre paso por sí sola en la cabeza y el corazón de quienes la buscan sinceramente. Hemos de tomar ejemplo de Jesús quien, en aquella entrevista con Pilato donde parecía derrotado frente al poderoso escéptico, confesó: *Yo para esto he nacido y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz* (Jn 18,37).

La indiferencia religiosa lleva a muchos a vivir hoy como si Dios no existiera o a conformarse con una religión vaga, incapaz de enfrentarse con el problema de la verdad y con el deber de la coherencia. Es muy cómoda esa postura, es muy cómodo exigir a los cristianos que les demuestren la verdad, que carguen con la prueba, porque siempre uno se puede escapar aludiendo a casos históricos complejos, a personas que no han vivido su fe, o invocando que lo que pide la Iglesia en el terreno moral es contrario a lo que dice cierta psicología o a lo que hace mucha gente.

No nos dejemos impresionar por los obstáculos. Habrá dificultades, incomprendiones y hasta rechazos violentos, pero el éxito final está asegurado. *En el mundo tendréis tribulación; pero confiad: yo he vencido al mundo* (Jn 16,33).

Señor, auméntanos la fe, la esperanza y la caridad, fortalécenos en las adversidades, para no dejarnos llevar por el desaliento.

15 tiempo ordinario

Necesidad de la pobreza

“Les ordenó que no llevasen nada para el camino, aparte de un bastón; ni pan, ni alforja, ni dinero en la faja, sino que fueran calzados con sandalias y no llevaran dos túnicas” (Mc 6, 8-9)

San Pablo nos dice a todos que Dios nos ha concedido ser hijos de Dios y ha derrochado en nosotros el tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad (Ef 1,5-9). Dios da a sus fieles grandes bienes y lo hace con generosidad. Pero leemos hoy en el evangelio que se nos pide a cambio una disposición de desprendimiento de los bienes materiales. Para alcanzar aquellas riquezas hay que despojarse de éstas.

Hay tres temas –pobreza, castidad y obediencia– en los que es fácil que se meta el yo, el criterio propio, egoísta. Es preciso ser *objetivos*, dejarnos orientar para ver las cosas como en tercera persona, porque mientras no se viven, se está incapacitado para entender los bienes espirituales.

En la tierra necesitamos bienes y recursos, pero son medios: tener dinero sirve para no tener que estar preocupados por él, poder dedicarnos a lo que debemos hacer y poder ayudar a los demás. No es malo poseer bienes, lo malo es tener el corazón poseído por ellos. Todos hemos de estar desprendidos de las cosas que tenemos y usamos, todos hemos de vivir la virtud de la pobreza, *sentirla* en nuestra vida. A veces pasando necesidad voluntariamente, privándonos de algo, sobre todo de aquello que nos hace mucha ilusión. Al fin y al cabo, desnudos vinimos al mundo y sin nada nos iremos.

Quizá no se trate del cuanto, sino del qué. Lo mismo da una maroma que un hilo fino lo que tiene atado al pajarillo y le impide volar. Es necesario que de vez en cuando hagamos examen, que miremos entre nuestras cosas. No se sabe la profundidad de un charco hasta que se mete el pie. Quizá valga la pena hoy hacer un poco de examen.

Señor, que desees que estemos pendientes de las cosas importantes (la oración, la evangelización, la familia), no en tener más o menos ni en crearnos necesidades; danos la pobreza de espíritu para orientar bien nuestro corazón y aspirar a los bienes eternos.

16 tiempo ordinario

Descanso

“Los apóstoles volvieron a reunirse con Jesús y le contaron todo lo que habían hecho y enseñado. Y les dice: «Venid vosotros solos a un lugar apartado, y descansad un poco»” (Mc 6, 30-31)

El relato de la creación del libro del Génesis termina diciendo que Dios descansó de su trabajo, y en la Ley de Moisés se prescribía el sábado como día de descanso y de culto a Dios. La Iglesia señala el domingo como el día del Señor, día en que hemos de dejar el trabajo para poder alabar a Dios, sobre todo participando en la celebración Eucarística, descansar y dedicarnos a los demás.

En sus tres años de vida pública, Jesús tenía jornadas agotadoras en las que recorría las aldeas y predicaba el Evangelio. Era muy necesario, y le daban pena las gentes porque andaban como ovejas sin pastor. Pero aun con todo, Jesús se reservaba largos ratos para la oración con su Padre, y también dejaba todo y se iba «con los suyos» a descansar. Por mucho trabajo que se tenga y por muy importante que sea, hay que descansar, al menos unas horas a la semana.

No es sólo una necesidad humana, sino que el domingo es el día del Señor y hay que dedicar tiempo al culto. Además ése es el día del hombre (cf. Juan Pablo II, *Dies Domini*) en el que puede dedicarse a la contemplación y a vivir sosegadamente con «los suyos», con sus familiares: los demás tienen derecho a nuestra compañía, por tanto, tenemos un deber para con ellos.

En este sentido sería conveniente plantear los tiempos de descanso para no ocuparnos solamente en nuestros gustos, sin pensar en los que nos rodean –peor si esas actividades nos alejaran de Dios–, porque significaría que serían como unos ídolos que nos roban el corazón. Jesús apenas tenía tiempo para descansar, pero dedicaba tiempo a su Padre y a los suyos.

Que yo vea las necesidades de los demás, que salga de mis gustos y aficiones. La puerta de la felicidad siempre se abre hacia afuera, nunca hacia dentro, intentando satisfacer mis intereses personales. Que vea a los demás y te vea a Ti, Señor, que esperas que esté contigo el domingo.

17 tiempo ordinario

Comprometerse

“Viendo venir hacia él una gran muchedumbre, dijo a Felipe: «¿Dónde compraremos panes para que coman éstos?»... Le dice uno de los discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: «Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces»” (Jn 6,44)

A veces nos preguntamos: ¿Por qué Dios no interviene en el mundo y arregla tal asunto? Deberían venir a nuestra memoria estas palabras: *dadles vosotros de comer*. Cuentan que un hombre se encontró a un niño enfermo en la calle, fue a la Iglesia y preguntó al sacerdote: ¿Por qué Dios no hace nada para ayudarlo?, y el sacerdote le contestó: Ya lo ha hecho: que tú le encontraras.

Es muy fácil echar la culpa a otros, incluso echársela a Dios, ante las deficiencias que notamos. Lo que hemos de hacer es implicarnos nosotros, si es que podemos o debemos hacerlo. Implicarnos a fondo. Dicen que en un plato de huevos fritos con panceta, el cerdo se ha implicado mucho más que la gallina (poniendo su lomo).

Dios puede hacer milagros, pero normalmente no los hace, porque cuenta con las criaturas para resolver los problemas. Jesús iba a dar de comer a cinco mil personas, pero quería necesitar de los cinco panes y de los dos peces. No había más, pero era todo. Al darlos, aquel chico se quedaba sin su comida. Podía haberse quedado con algo, pero lo dio todo. Y entonces Jesús hizo el milagro que rompió todas las provisiones.

Por la naturaleza social de los hombres, Dios desea que unos evangelicen y ayuden a los otros. Podría hacerlo Él inmediatamente con cada uno, pero no ha querido hacerlo así. Por eso, ¡tantas cosas dependen de nuestra generosidad! Cuentan que un día le dijo el Señor a santa Teresa de Jesús: «Teresa, yo he querido, pero los hombres no han querido».

Hoy puede ser una buena ocasión para plantearme qué me estás pidiendo, Señor. ¿Cuánto te doy? ¿Me conformo con darte algo para que no me compliques la vida, o puedo tener corazón joven –como aquel muchacho– y poner a tu servicio mi tiempo y más cosas?

18 tiempo ordinario

Pan de vida

“«El pan de Dios es el que baja del cielo y da la vida al mundo». Ellos le dijeron: «Señor, danos siempre de ese pan». Jesús les respondió: «Yo soy el pan de vida; el que viene a mí no tendrá hambre, y el que cree en mí nunca tendrá sed»” (Jn 6, 33-35)

La Eucaristía es presencia permanente y alimento. Pan vivo que ha bajado del cielo, que da la vida al hombre, la vida de Dios. Vida sobrenatural que transforma, que lleva en sí el germen de la vida eterna. Quien tiene esta vida ya no muere ni tiene sed, porque es como un agua que salta hasta la vida eterna. La Eucaristía es el centro de la vida cristiana porque en ella se encuentra Cristo. Quien come su Cuerpo y bebe su Sangre habita en Él, se hace una sola cosa con Cristo. Pero es una vida no sólo para ser vivida, sino también para dar vida a otros. La Eucaristía es como el pan que tomó Elías para caminar durante cuarenta días seguidos, de ahí viene la fuerza que necesitamos para irradiar a Cristo a nuestro alrededor.

Comunión con Cristo y comunión con los hermanos. La Eucaristía nos une a cuantos se unen a Cristo, especialmente en su oración con Jesús Sacramentado. Queremos unirnos ahora a la oración de la Madre Teresa de Calcuta ante Jesús Sacramentado:

«Dios mío, creemos que estás aquí. Te adoramos y te amamos con toda nuestra alma y corazón porque eres el más digno de todo nuestro amor. Deseamos amarte como te aman los bienaventurados en el Cielo. Adoramos todos los designios de tu divina Providencia, y nos sometemos enteramente a tu voluntad. También amamos a nuestro vecino a través de Ti, como nos amamos a nosotros mismos. Perdonamos sinceramente a todos los que nos han herido, y pedimos perdón a todos los que hemos ofendido.

Querido Jesús, ayúdanos a esparcir tu fragancia por donde quiera que vayamos. Llena nuestra alma de tu espíritu y vida. Penetra y posee todo nuestro ser profundamente. Que nuestra vida pueda ser un resplandor de la tuya. Resplandece a través de nosotros, y permanece en nosotros para que toda alma que encontremos pueda sentir tu presencia en nuestra alma.»

19 tiempo ordinario

Vida eterna

“Yo soy el pan de vida... Este es el pan que baja del cielo, para que, quien coma de él, no muera. Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. Si alguno come de este pan, vivirá eternamente” (Jn 6, 48-51)

Todos tenemos un profundo deseo de vivir para siempre, el deseo de no morir está como cosido en lo más íntimo de nuestro ser. Algunos filósofos inventaron la teoría de la reencarnación, de que estaríamos en el mundo siempre viviendo de una u otra manera. Pero esto nadie lo ha comprobado. Los seres espirituales no desaparecen del todo, pero ¿qué significa la muerte?, ¿qué hay más allá? Sin la fe no se sabe dar una respuesta satisfactoria.

Los cristianos sabemos con seguridad que la separación del alma y el cuerpo no es lo definitivo, que quien ha muerto en gracia, nada más morir pasa a la Vida de Dios. Para el cristiano la muerte es Vida, es el día de su verdadero nacimiento. Para eso hemos nacido en la tierra: para pasar por la puerta hacia la casa de Dios, que es nuestra verdadera casa. Al morir no nos despedimos –ni de Jesús ni de los amigos–, decimos «hasta luego», porque nos volveremos a reunir. Además, dentro de un tiempo –cuando finalmente el tiempo se acabe– volveremos a resucitar con nuestros cuerpos, cada uno con su mismo cuerpo. No sabemos cómo será esto, pero será así. Dios no quiere mostrarnos ahora las sorpresas que nos tiene preparadas para ese día de nuestro nacimiento en la eternidad.

Todo esto es y será por la gracia, que es como un agua que salta hasta la vida eterna. La vida sobrenatural, que comenzó en el Bautismo y se recupera o aumenta con la penitencia, llega a su culmen en la Eucaristía. La Comunión del Cuerpo de Cristo nos une estrechamente a Él, que ya no muere. Quien vive con Cristo tiene asegurada la vida eterna.

Gracias por tu presencia real en este sacramento que da la Vida al hombre. Quiero recibirte, Señor, siendo más consciente cada vez de a Quién recibo; procuraré acercarme más veces a la Eucaristía porque sé que te has quedado para nosotros, y me prepararé con mayor pureza, humildad y devoción para recibir esta «prenda de la gloria futura» que es nos has dejado.

Vivir con Cristo

“Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida. Quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo en él. Como... yo vivo por el Padre, así quien me come también él vivirá por mí” (Jn 6, 55-57)

Jesús había dicho antes de subir al cielo: *Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo* (Mt 28,20). No estaba presente sólo en el recuerdo, como puede estarlo un músico o un poeta en la memoria de sus admiradores. Cristo estaba vivo y se podía hablar con Él en la oración, estaba presente en su Iglesia, en sus sacramentos, especialmente tras el velo de la Eucaristía. ¡Jesús estaba vivo! Pero había que creer. Dirá san Juan al concluir su evangelio: *Estas (señales realizadas por Jesús) fueron escritas para que creáis que Jesús es el mesías, Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre* (Jn 20,31).

La vida cristiana consistirá a partir de entonces en vivir «con Él» de una manera personal e intensa. San Pablo sacará esta convicción cuando entre en crisis en su encuentro con Jesús camino de Damasco. Al preguntarle quién era, el Señor le contestó: *Yo soy Jesús, a quien tú persigues* (Hch 9,5). Jesús afirmaba que Él estaba en cada cristiano: Él era los cristianos a los que Saulo perseguía.

Por eso, una vez convertido al cristianismo, Pablo va a utilizar este lenguaje: hay que vivir con-Cristo y morir con-Él, para que, siendo con-Él sepultados, con-Él resucitar a la vida eterna. El bautismo es eso.

La vida cristiana es eso: una renuncia, una muerte a la soberbia que, con Cristo, produce ya en esta vida obras de vida eterna. Si con Él sufrimos, reinaremos con Él, si con Él morimos, viviremos con Él. *Para mi, vivir es Cristo* (Fl 1,21) dirá el apóstol. Y así hasta el momento de la muerte, que no será otra cosa que el encuentro definitivo y sin velos con Jesús.

Jesús amoroso, el más fino amante; quiero en todo instante sólo en Ti pensar. Tú eres mi tesoro, tú eres mi alegría; tú eres vida mía, yo te quiero amar.

21 tiempo ordinario

Nosotros hemos creído

“Simón Pedro le respondió: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Santo de Dios” (Jn 6, 68-69)

Larga y laboriosa fue la tarea de Jesús para que sus discípulos aceptaran sus enseñanzas. Con variadas comparaciones exponía su doctrina y con milagros patentes demostraba que venía de parte de Dios. Primero fue el milagro de Caná, por el que sus apóstoles creyeron en Él. Después realizó muchos otros milagros. Su doctrina parecía en algunos puntos humanamente *increíble*, pero se trataba de eso, de creerle a Él, de aceptar sus palabras, porque sólo así –creyendo– se podrían conocer verdades que exceden la razón humana. Esto es lo que confiesa finalmente Pedro: nosotros hemos creído y por eso hemos conocido todas esas cosas, y en primer lugar que Tú eres el Mesías.

Jesús se acomodaba al modo de entender las personas más sencillas, pero no acomodaba su doctrina al gusto interesado de los oyentes. Se aceptaba o se rechazaba, pero no la aguaba, porque las suyas eran palabras de vida eterna, las que orientan y ayudan a los hombres verdaderamente. Jesús no daba opiniones, decía siempre la verdad; era consciente de que al hablarles claramente de la Eucaristía sus palabras iban a producir el rechazo en muchos; de hecho casi todos le abandonaron y tuvo que empezar otra vez casi de cero.

En la inolvidable Jornada Mundial de la Juventud de Roma, el 20 de agosto de 2000, el Papa Juan Pablo II decía a los dos millones de jóvenes congregados allí: «Ésta es nuestra Eucaristía, ésta es la respuesta que Cristo espera de nosotros, de vosotros, jóvenes, al final de vuestro Jubileo. A Jesús no le gustan las medias tintas y no duda en apremiarnos con la pregunta: *¿También vosotros queréis marcharos?* Con Pedro, ante Cristo, Pan de vida, también hoy nosotros queremos repetir: *Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú tienes palabras de vida eterna.* Queridos jóvenes, al volver a vuestra tierra poned la Eucaristía en el centro de vuestra vida personal y comunitaria, amadla, adoradla y celebradla».

Te decimos lo que Pedro: ¿A quién iremos, si tú nos faltas? Queremos estar presentes – adsum! –, junto a ti en este agosto Sacramento.

Corazón recto

“Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí... Llamó de nuevo a las gentes y les dijo: «Oídmelos todos y entended: Nada hay fuera del hombre que al entrar en él pueda hacerlo impuro... Del interior del corazón de los hombres proceden las malas intenciones»” (Mc 7, 6-21)

El corazón designa la persona entera porque designa el fondo. Cada uno decide el bien y el mal ahí, por eso cada uno es moralmente el resultado de sus acciones: cada uno vale lo que valen sus obras, y por tanto lo que vale su corazón. Gran tarea la de educar el corazón en el bien para que vea el bien como bien y el mal como mal y se decida de un modo natural a escoger el bien. Hay quien sabe amar y hay quien no sabe más que amarse a sí mismo.

Como dijo Yahvé a Samuel cuando fue a ungir a David: *la mirada de Dios no es como la del hombre; el hombre se fija en las apariencias, pero el Señor ve el corazón* (1 Sm 16,7). Dios conoce por qué cada uno piensa como piensa y decide como decide.

Esto es lo que nos ha de importar: tener un corazón capaz de distinguir y amar el bien, que lleve a actuar con la intención de hacer el bien que Dios ve; el juicio de los hombres no ha de importarnos. Rectitud de intención, por tanto, a la hora de actuar, y sobre todo a la hora de formar la conciencia, para conocer los verdaderos bienes. Podemos engañar a otros, podemos engañarnos a nosotros mismos, pero a Dios no le engañamos.

Danos un corazón de carne, sensible ante el bien y el mal, sensible a las mociones del Espíritu Santo; un corazón semejante al Tuyo que de modo natural y espontáneo sufra por el pecado y se compadezca con quien sufre, que se alegre por el bien de los demás.

Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Envía tu Espíritu, Señor, y renueva la faz de la tierra, para que los hombres seamos buenos y santos en tu presencia. Oh Dios, que has instruido los corazones de tus fieles con la luz del Espíritu Santo, concédenos que sintamos rectamente con el mismo Espíritu y gocemos siempre de sus divinos consuelos.

Sinceridad

“Le presentaron un sordo y apenas podía hablar, y le suplicaban que le impusiera la mano... Le dijo: «Effetha», que significa «ábrete». Al instante se le abrieron los oídos y quedó suelta la atadura de su lengua y hablaba sin dificultad” (Mc 7, 32-35)

No hemos de sorprendernos cuando encontremos en nuestra vida las heridas del pecado original: la ira, la pereza, la sensualidad, la soberbia,... Las tentaciones no son malas, y el pecado tiene arreglo. Lo peor que nos puede pasar es volvernos conscientemente sordos ante la voz de Dios, no queriendo reconocer lo que nos sucede y no queriendo hablar en la dirección espiritual y en la confesión. La falta de sinceridad deja un poso de tristeza y de desesperanza.

Dios no cesa de movernos interiormente con gemidos inenarrables para que seamos sinceros con nosotros mismos y con Él –llamando a las cosas por su nombre: al error, error, y al pecado, pecado– y seamos lo suficientemente humildes que estemos dispuestos a aclarar la conciencia ante el sacerdote.

Jesús tuvo que hacer un doble milagro con aquel hombre: curarle su sordera y la trabazón de la lengua. Primero humildad para oír la voz de Dios, para reconocer interiormente lo que pasa en el interior, después hablar. A veces puede ser un auténtico milagro conseguir que alguien reconozca el mal que ha hecho y se confiese pecador en el sacramento.

Todo tiene arreglo si se es humilde y se habla. Pero si no, la puerta en el ámbito sobrenatural se cierra y humanamente se sufre. No vale la pena quedarse encasquillado por la soberbia o la vergüenza. Posiblemente sean bobadas, pero aunque sean cosas de entidad, el mal desaparece si se habla con quien puede curar.

Señor, que nos conoces como somos y nos quieres con nuestros defectos si luchamos por superarlos. Has venido a salvar lo que estaba perdido en nosotros y no te sorprendes de nuestros errores. Que nosotros no nos creamos tan impecables que nos falte la humildad para reconocernos tal como somos: pecadores, necesitados una y otra vez de tu perdón.

24 tiempo ordinario

Sentido sobrenatural

“Jesús se volvió y, de cara a los discípulos, increpó a Pedro: «¡Quítate de mi vista, Satanás! ¡Tú piensas como los hombres, no como Dios!» Después llamó a la gente y a sus discípulos, y les dijo: «El que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue con su cruz»” (Mc 8, 33-34)

El cristiano ha de juzgar y actuar con sentido común, pero además con sentido sobrenatural, es decir, con un sentido más elevado, que proviene de poseer las virtudes teologales y los dones del Espíritu Santo. Se advierte con claridad la diferencia entre el sentido común y el sentido sobrenatural en estos dos pasajes del evangelio, que van seguidos, en los que aparece Pedro.

En uno, afirmó que Jesús era el Cristo, el Hijo de Dios vivo; Jesús le respondió que eso lo había dicho no porque se lo hubiera revelado alguien de carne y hueso, sino su Padre celestial. Es decir, Pedro no juzgaba en ese momento como los hombres, que veían en Jesús un profeta pero nada más.

Inmediatamente después, el evangelista relata que Jesús comenzó a manifestar que debía ir a Jerusalén a padecer y morir. Pedro entonces le reprendió porque no le cabía en la cabeza esa afirmación; y Jesús le rechazó porque no entendía las cosas como Dios sino que juzgaba como los hombres.

Necesitamos este modo de ver sobrenatural para entender a Jesucristo, su Iglesia, la vocación sobrenatural, y tantas otras cosas. Sólo con ojos de tejas abajo es imposible entender el mensaje cristiano, y la mente se agota en un sin fin de razonamientos. Se comprueba en los debates sobre temas doctrinales. El sentido de sobrenatural es lo que hace, por ejemplo, que una persona se entregue a Dios porque Dios le llama –al sacerdocio o a cualquier otra vocación divina–, no por razones humanas (porque falten sacerdotes o por dar una alegría a los padres). Y así tantas cosas, como es la obediencia al superior en la Iglesia –porque Dios asiste a sus pastores–, el apostolado e incluso el martirio.

Danos, Señor, tu modo de ver sobrenatural para que no nos acomodemos a lo mundano. Te pedimos por aquellos que son marginados y perseguidos por gente sin sentido común, interesada, ofuscada por sus ideologías, o que son incomprendidos por gente buena, de sentido común, que juzgan como locura tus obras.

Ser los últimos

“Estando ya en casa, les preguntó: «¿Qué discutíais por el camino?» Pero ellos callaban, porque por el camino habían discutido entre ellos sobre quién era el mayor. Entonces se sentó, llamó a los Doce y les dijo: «Si alguno quiere ser el primero, hágase el último y el servidor de todos»” (Mc 9, 33-35)

¡Qué humano es querer ser reconocido! Y qué poco sobrenatural, porque, como dice san Gregorio Magno, «sólo quien ama en verdad a Dios no se acuerda de sí mismo». Aquí tenemos una señal de nuestra humildad, y en definitiva de nuestro amor a Dios. Sería una pena que hiciéramos el bien con el secreto deseo de autofelicitarlos o de recibir la gloria de los demás.

Es una necesidad vivir de cara al público, intentar que se hable de uno mismo, inquirir qué opinión tienen. Además es fuente de sufrimiento y de envidia. Lógicamente haremos muchas cosas bien, para la gloria de Dios y el bien de los demás. Pero aunque no nos lo reconozcan – mejor si no lo advierten– no hemos de tener pena ni sentirnos humillados.

Quien intenta actuar bien, nada le tiene que importar lo que puedan pensar o decir los demás. Lo único que importa es agradar a Dios. Eso sí que deja paz en el alma; incluso aunque, procurando obrar bien, se haya actuado mal.

Teresa de Lisieux lo vio con claridad y así lo vivió: «comprendí lo que era la verdadera gloria. Aquel cuyo reino no es de este mundo me enseñó que la verdadera sabiduría consiste en querer ser ignorado y tenido por nada, en poner su gozo en el desprecio de sí mismo. ¡Ah!, como el de Jesús, yo quería que mi rostro estuviera verdaderamente escondido, que nadie sobre la tierra me reconociera (cf. Is 53,3). Tenía sed de sufrir y de ser olvidada» (*Historia de un alma*).

Señor, ayúdanos a entender que todo lo de esta tierra –bienes y honores– nada valen en comparación con poseer tu amor, y que el amor se manifiesta en el servicio, en hacer el bien, en ayudar eficazmente. Que no queramos ser los primeros, si no es en el amor.

El escándalo

“El que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valiera que le encajasen al cuello una rueda de molino y lo echasen al mar. Si tu mano te hace caer, córtatela; mejor te es entrar lisiado en la vida que con las dos manos ir al infierno, al fuego que no se apaga” (Mc 9, 42-43)

Así como la evangelización y el apostolado es llevar Dios a las almas, y es una actividad en cierto sentido divina, el pecado de escándalo es algo diabólico pues consiste en inducir a otros al pecado. Enseñar a pecar o ser ocasión de escándalo es algo gravísimo. Jesús pone un ejemplo tremendo: es mejor morir antes que cometerlo. Gran sorpresa tendrán detrás de la muerte quienes hayan sido ocasión de pecado, pues se cargarán con todos y cada uno de los pecados que otros cometan por su causa.

La vida no es un juego donde cada uno pueda pecar impunemente. Mal hacen los que escandalizan, pero todos hemos de mortificar el ojo, la mano o el pie si nos sirven para pecar. La mortificación no significa que haya que arrancarse un miembro, sino que esté como muerto para el pecado. Para ello hay que esforzarse; lo cual puede suponer a veces no mirar ciertos programas, no asistir a ciertos espectáculos o no veranear en ciertos lugares.

No debemos ser ingenuos y engañarnos pensando que hay que estar enterados o que ciertas cosas no nos afectan, porque quien se pone en ocasión de pecado innecesariamente ya comete un pecado. Quien juega con fuego, se quema. Decir que «no» a ciertas cosas no es algo negativo; es decir «sí» a Dios y a los demás, como quien está casado y no mira mal a otra mujer está siendo fiel a su esposa.

Gran tarea tenemos de ahogar el mal con abundancia de bien, en primer lugar en nuestra propia familia. Habrá que denunciar el mal o cortar conversaciones inconvenientes, pero sobre todo haciendo el bien.

Ayúdanos, Señor, a valorar nuestra alma en gracia; que demos importancia a esas cosas pequeñas que nos hacen perder tu presencia y nos hacen egoístas. Te pedimos por aquellos que escandalizan, especialmente a los niños. Y danos luz y coraje para evangelizar.

27 tiempo ordinario

Lo que une

“Al principio de la creación Dios los hizo varón y mujer. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola carne... Por tanto, lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre” (Mc 10, 6-9)

La enseñanza es diáfana y no admite excepción: una vez que existe matrimonio, ningún poder de este mundo lo puede romper. El matrimonio –también el que no es sacramento– es un asunto entre tres: un hombre, una mujer y Dios. Por eso tiene ese vínculo que crea una relación semejante a la paternofilial: el marido y la mujer lo son como el hijo siempre es hijo mientras viva su padre, pase lo que pase. Es absolutamente necesaria esa seguridad para las personas y la sociedad.

Siempre ha habido dificultades en las familias. Es preciso alentar una y otra vez el amor que le dio origen. La solución del divorcio –la mera posibilidad– destruye todo posible rescoldo de amor. La verdadera solución está en la abnegación y el olvido de sí mismo en favor de los demás. El amor, como el fuego, debe ser cuidado y alimentado cada día sacrificando ramas y hojas: detalles de servicio, delicadeza en el trato, saber callar cuando se debe, o hablar cuando el silencio puede resultar hiriente; sembrar buen humor; no querer tener siempre razón, pasar por alto los defectos ajenos, y mil detalles más.

El compromiso que se adquiere en el matrimonio significa esto, estar dispuesto a ayudar, a querer el bien del otro y de los hijos, en la salud y en la enfermedad, cuando no cuestan las cosas y cuando cuestan. Es algo que los esposos no deberían olvidar: no se casaron sólo *por amor*, por estar enamorados, sino *para amar*, para ser esposos.

Vale la pena ese esfuerzo por mantener la unidad y la paz familiar, sacrificando un derecho o dando la razón al otro, por ser felices. La felicidad está tejida por la fidelidad en esa multitud de detalles. Si hay amor –cariño, comprensión– se diluyen los problemas; es más, no se producen.

Hoy hago el propósito de evitar lo que desune, lo que rompe en mi familia. Pensaré qué nos puede unir más, en qué tengo que ceder yo –siempre que no sea algo contra Dios–, cómo puedo hacer más felices a los que me rodean. Pediré por ellos para que mi familia sea como Dios quiere que sea.

28 tiempo ordinario

Ven y sígueme

“Jesús, fijando en él su mirada, le amó y le dijo: «Una sola cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Después ven y sígueme»” (Mc 10,21)

En todas las religiones el fundador-profeta habla de una revelación que él ha tenido y dice que sigan esa doctrina, pero nunca dirá que le imiten a él, pues sería una veleidad. Jesús, en cambio, predicó algo totalmente distinto: se puso Él mismo como modelo y pidió que se le siguiera a Él. Se atrevió a mucho porque Él es quien revela la verdad a todos.

A cada apóstol le dice lo mismo que al joven rico: deja todo, y ven y sígueme. Sígueme a Mí. Cada uno le sigue a su manera, con sus peculiaridades personales, según el carisma que Dios quiere para él, porque ninguno, ni siquiera el conjunto de los hombres, agotamos la riqueza de Jesús, perfecto Hombre. Cada uno logra su personalidad cuando Cristo se refleja en sus palabras, en sus actitudes, en su mirada. No se trata solo de imitar su vida, sino de vivirla, de llevar la vida de Cristo en nosotros, ser el mismo Cristo que actúa.

«Ven, sígueme», son palabras del Hombre-Dios, llamada de Dios que habla con cada uno: ¿Quieres venir al cielo?, pues ven, sígueme. Palabras de Dios que pronuncia Jesús desde la eternidad. El camino es de entrega, de sacrificio, donde la persona madura. Pero ése no es el motivo; el motivo está en que Jesús se quedó mirando al joven y le amó. La cuestión está en valorar mucho el *ser mirados* por Dios y ser amados por Él, porque su llamada es de amor y para el amor, no para el fastidio.

Juan Pablo II comentaba en su *Carta a los jóvenes* de 1985: «Deseo a cada uno y cada una de vosotros que descubráis esa mirada de Cristo y que la experimentéis hasta el fondo. No sé en qué momento de la vida. Pienso que el momento llegará cuando más falta haga». No podemos dejar frustrada nuestra vocación, como hizo aquel joven.

Queremos tener esta experiencia muchas veces, Señor, y decirte, y volver a decirte que «Sí», que queremos dejarlo todo y seguirte, complicarnos la vida. Si no es Contigo, nuestra vida tendría muy poco valor.

Queremos triunfar

“Él les dijo: ¿Qué queréis que os haga?» Ellos le dijeron: Concédenos sentarnos uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu gloria». Pero Jesús les dijo: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber?»” (Mc 10, 36-38)

Jesús había hablado de un reino, y parecía que con Él iban a triunfar humanamente. Podían ser sus ministros en este mundo, en ese reino glorioso. Pero Jesús les habla de padecer, de ser los últimos, de servir. Entre los hebreos, beber el cáliz con otro significaba estar dispuesto a correr su misma suerte. Realmente ellos, entonces, no sabían lo que decían. Años más tarde darían la vida por Cristo. Santiago el Mayor iba a ser el primero de los apóstoles en dar la vida por Cristo, Juan sería el último en morir en Patmos, después de sufrir martirio en Roma.

No nos extraña la atrevida petición de estos dos hermanos, pues dentro de nosotros anida el deseo de triunfo, de ser alguien. El Maestro les enseña a ellos y a nosotros que en el Reino de Dios no se debe buscar la gloria y el honor del mismo modo como se consigue en los reinos de este mundo, donde se escalan puestos para enriquecerse, para figurar o lograr orgullosamente una satisfacción personal.

Para pertenecer al Reino de Dios hay que humillarse y pasarse la vida sirviendo, olvidándose de uno mismo, tomando la Cruz, corriendo la misma suerte del Maestro, que fue triturado en expiación por los pecados. No hay otro camino ni otra fórmula. Es verdad que se nos promete el triunfo, que dejaremos una huella profunda, que seremos alguien a quien Dios mirará a la cara en la eternidad. Ese secreto deseo se realizará. Pero no como pensaban aquellos. No será en este mundo, pues el premio se promete para la otra vida, la eterna.

Los Apóstoles lo entendieron después, con la sabiduría que les dio el Espíritu Santo: Jesús, siendo Dios, se despojó de su rango hasta hacerse hombre, tomó la forma de siervo y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. Sirviendo, triunfó, nos salvó.

Que también yo entienda, Señor, que tu humillación suprema y única es el camino claro, decidido y generoso que he de recorrer con abnegación y gozo. También yo estoy dispuesto a beber tu cáliz.

30 tiempo ordinario

Sentimentalismo

“Bartimeo, el ciego, estaba sentado junto al camino pidiendo limosna. Cuando se enteró de que pasaba Jesús el Nazareno, comenzó a gritar y a decir: «¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!»” (Mc 10, 46-47)

El pensamiento es una luz que hacer ver la verdad, y por ella se puede elegir y amar el bien. Es necesario que cada uno reflexione seriamente sobre el sentido de su vida, del paso de los días, de la gente que le rodea. Se podría decir que, entre la vida animal y la racional, está la vida sentimental; es la de aquellos que sustituyen el pensamiento por el sentimiento, y, en cierto sentido, están como ciegos.

Esas personas poseen una mentalidad que no es más que un reflejo de los fenómenos; incapaces de transformar un hecho en una idea, no pueden sintetizar sus experiencias en un juicio. Por eso su hablar es siempre superficial, sus puntos de vista no son más que reacciones emocionales ante circunstancias externas o respuestas a un estímulo; están a merced de la moda, de lo que se dice. Sus impresiones carecen de análisis y a sus reflexiones les falta comprobación; sus observaciones son una interrogación y sus vidas una réplica.

Cada uno ha de ir forjando su personalidad en la verdad, no según las apariencias. Desde luego los buenos sentimientos son muy importantes y nos ayudan a actuar, pero la superficialidad nada tiene que ver con el cristianismo. Jesús no era un sentimental, ni tampoco sus seguidores. La verdad de la Cruz pone en su sitio al hombre respecto a Dios y le hace ser realista en el mundo.

Es cierto que la doctrina y la vida de Jesús son apasionantes y que hemos de tener muy buenos sentimientos de alegría, de optimismo, de ilusión, porque no es la nuestra una doctrina descarnada, puramente intelectual; pero nada más lejos que un cristianismo dulzón, sentimental, que se viene abajo cuando el sentimiento se pasa.

¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí! Señor, que vea. Que vea la verdad, y que te vea a Ti, tal como eres. Yo emplearé mi cabeza en formarme, estudiando, reflexionando, para ir pareciéndome a Ti y ver las cosas del mundo como Tú las ves.

31 tiempo ordinario

Todo por amor

“Un escriba le preguntó: «¿Cuál es el primero de los mandamientos?» Jesús respondió: «El primero es: Escucha Israel, el Señor nuestro Dios, es el único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas»” (Mc 12, 28-30)

No podemos vivir sin amor; si no lo experimentamos, nuestra vida carece de significado, porque hemos nacido para amar y ser amados. Dios nos conoce muy bien porque nos ha creado, por eso nos ha señalado este precepto que resume la actitud fundamental que ha de tener el hombre: todos sus pensamientos y acciones deben girar, de una u otra manera, alrededor de Dios, que es Amor. Después hemos de amar a los demás, pero primero es lo primero.

Amar a Dios es reverenciarle y obedecerle filialmente, es mostrarle agradecimiento por sus favores, y supone un total sometimiento a su querer. Ningún afecto, ningún pensamiento, ninguna acción pueden quedar fuera de Dios. El nos ha creado y elevado al orden sobrenatural con alma y cuerpo; y así, con alma y cuerpo, hemos de quererle y servirle en esta vida. Como Cristo nos demostró su amor en la cruz.

Necesariamente tenemos que estar en lo que hemos de hacer en cada momento, pero todo lo que hagamos ha de estar bajo este prisma, incluso el amor a los demás. Porque el motivo final de todas y cada una de nuestras acciones es absoluto: o es el amor a Dios o es el amor al propio yo.

Como las cuerdas de la guitarra necesitan estar afinadas para sonar bien, hemos de estar en tensión en el amor a Dios, cumpliendo nuestros deberes. El tiempo es breve y el Señor espera encontrarnos en la plenitud de nuestro amor cuando llegue. Por tanto, hemos de seguir el consejo de san Pablo: *Ya comáis ya bebáis, hacedlo todo para la gloria de Dios* (1 Co 10,31). Nada en nuestra vida debe quedar al margen del amor a Dios.

Limpia mi corazón, Señor. Yo procuraré que estés en mi mente, en mi modo de razonar, en mi imaginación, en mi memoria. Que estés en mis amores humanos para que sean rectos y verdaderos. Que no haya dentro de mí nada que no te guste. Ayúdame a tener presencia de Ti.

Generosidad

“Pero al llegar una viuda pobre, echó dos monedas que hacen un cuarto. Llamando a sus discípulos les dijo: Os aseguro que esa pobre viuda ha echado en el arca más que todos los otros. Pues todos echaron de lo que les sobra, pero ella, en su pobreza, ha echado todo lo que poseía para su sustento» (Mc 12, 42-44)

Dice san Ireneo en este punto que «los antiguos hombres debían consagrarle a Dios los diezmos de sus bienes; pero nosotros, que ya hemos alcanzado la libertad, ponemos al servicio del Señor la totalidad de nuestros bienes, dándolos con libertad y alegría aun los de más valor, pues lo que esperamos vale más que todos ellos; echamos en el cepillo de Dios todo nuestro sustento, imitando así el desprendimiento de aquella viuda pobre del Evangelio» (*Contra las herejías*).

Ante la generosidad de Dios que nos ha enviado a su Hijo amado, ante Jesús que se entregó del todo por cada uno –por mí- y se ha quedado en la Eucaristía, no cabe otra moneda que la generosidad: no dar los restos, lo que sobra, sino *echar el resto*, hasta el final. Todo lo nuestro ha de ser de Dios, también los bienes que tenemos: todo ha de estar de una manera u otra a su servicio.

El Señor sale a nuestro encuentro cada día pidiendo, facilitando nuestra entrega, para cambiarla en santidad y en vida eterna. Puestos en presencia de Dios entendemos que no tiene sentido el cálculo egoísta, que deja posos de tristeza. Quien es generoso comprende bien que quien da, recibe. No es el premio, sino el amor lo que lleva a dar, como el niño pequeño a quien su madre le pide algo, le da todo lo que lleva en el bolsillo. A fin de cuentas son naderías, pero si es todo lo que tiene, vale mucho.

¿Qué es lo que me pide Dios ahora? ¿Qué me costaría darle? Diré con san Ignacio:

Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento, todo mi haber y poseer; Vos me lo disteis, Señor, a Vos lo torno. Todo es vuestro, disponed de mí según vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta.

33 tiempo ordinario

Juicio particular

“Entonces verán al Hijo del hombre que llega entre nubes con gran poder y majestad. Y entonces enviará a los ángeles y reunirá a sus elegidos de los cuatro vientos” (Mc 13, 26-27)

Al final de la historia habrá un Juicio, en el que se sabrá públicamente el bien y el mal que hizo cada persona y sus repercusiones en los demás. Es una exigencia de justicia, porque en esta vida hay muchas acciones buenas que no son conocidas, ni sus repercusiones buenas en otros. Y de igual modo sucede con las acciones malas.

No vale la pena estar preocupados por aquel día. Nos interesa mucho más pensar en el día de nuestra muerte, porque ése será el día en que para nosotros se acabe el mundo. Detrás de la muerte personal está el Juicio particular. Este es el juicio que nos ha de interesar, porque de él depende nuestro futuro eterno.

Nada más morir, en un golpe de vista, pasará ante nosotros toda nuestra vida. Al nacer se nos dio como un libro, cuyas páginas de la derecha estaban en blanco y había que ir escribiéndolas según lo que ponía en la de la izquierda, es decir, según lo que teníamos que hacer (¡qué importante es conocer la voluntad de Dios!). La pluma es la libertad. Escribir otra cosa o no escribir son omisiones, las tachaduras, pecados veniales. El pecado mortal es como derramar el tintero sobre el libro, por lo que no se puede leer nada. Quien muere en pecado mortal ha inutilizado toda su vida.

En esta vida podemos huir de la luz y no ser sinceros con Dios para hacer lo que nos apetece. Detrás de la muerte no se puede huir de la luz de Dios, y se advierte lo que ha escrito: página a página, línea a línea, palabra a palabra. Y tras ese instante de juicio de conciencia ante Dios, uno se va al Cielo –o al Purgatorio– o al Infierno. Porque ese día Jesús no juzga, sus palabras nos juzgarán (Mt 7,24), pues cada uno confrontará su vida con ellas.

Señor, ¡qué seguridad y qué paz para quienes se esfuerzan en conocer tus designios y procuran cumplirlos! Sólo teme el que algo debe, y nosotros no te tememos a Ti, que serás nuestro Juez, porque eres nuestro Jesús, guía de nuestra vida.

Jesucristo, Rey del Universo

Yo soy Rey

“Pilato le dijo: «¿Luego, tú eres rey?» Jesús respondió: «Tú lo dices, yo soy Rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz»” (Jn 18, 37)

Jesús no dejaba indiferente. También hoy sus palabras son como espada que llega hasta el centro del alma e interpelan al interlocutor. Él vino a este mundo a exponer la verdad salvífica y cómo debe comportarse el hombre. Su única defensa en el proceso que le llevó a la cruz fue decir la verdad y poner a cada uno ante su conciencia y su responsabilidad delante de Dios. Pilato se percató del contenido que encerraban sus palabras y se salió por la tangente; es el recurso cobarde de quien no quiere enfrentarse con la verdad.

Si quien dice mentira es esclavo, quien está en la verdad y la proclama es señor. La dignidad del hombre está en su inteligencia y en su libertad. Los hombres que se saben poseídos por la verdad y por el bien están sobre el mundo, tienen señorío y nadie les puede sojuzgar. Jesús no quiso que le hicieran caudillo después de la multiplicación de los panes, su reinado es mucho más profundo. Cristo reina en quienes quieran reconocer la verdad y deseen vivir conforme a ella.

Pilato le preguntó si era el Rey de los judíos. Jesús afirmó que sí, pero él no supo o no quiso reconocer el calado de esas palabras, que le hubieran llevado a reconocerse súbdito de ese Reino. Tampoco los judíos quisieron reconocer a Jesús y se alejaron de Dios, perdieron su realeza, y se sometieron al idólatra emperador romano. He ahí el dilema: aceptar la verdad que Dios propone, o hacerse esclavo de la mentira. Por eso Cristo será siempre signo de contradicción, porque Él es la Verdad de todo hombre.

Nos cuesta dejarnos dirigir, nos cuesta obedecer, nos cuesta que sea otro quien organice nuestra vida. ¿Le dejamos reinar en nuestro corazón? ¿Nos dejamos persuadir por la verdad? ¿Reconocemos que el Señor es el único Señor?

Venga a nosotros tu reino, te pedimos hoy. Queremos escuchar tu voz, conocer tus enseñanzas que liberan, por las que el hombre es también rey.